

Visita  
al territorio de

# Andrzej Stasiuk



En otoño se nota que la ciudad va a morir. Los que habían de irse, ya hace tiempo que se fueron. Al anochecer se siente el olor de la hojarasca ardiendo. El humo se mezcla con la niebla y envuelve los arrabales. Las luces se vuelven amarillentas y mortecinas. Hay que estar atento a los peatones, pues son negros como el asfalto. A veces la atravieso a lo largo y a lo ancho y veo que no hay ni dónde, ni para qué bajarse. Cuatro cruces, una rotonda, los semáforos parpadean en ámbar ya a las diez de la noche. Cuando el viento sopla del norte, trae el hedor de la fábrica muerta. Todos se han marchado ya. Sólo quedan los que no son capaces. Se despiertan por la mañana, miran por la ventana y no salen. A no ser que tengan perro. Entonces van a la plaza mayor a mirar las esquelas, a ver quién ha palmado y a consolarse con que esta vez todavía no les ha tocado a ellos.

A las diez todo está muerto. Sólo sigue viva la gasolinera. Nadie reposta. Todos compran alcohol o pasan el rato en el bar. Tienen coches cada vez más grandes, más baratos y más viejos. Se los compran a los picaros que comercian con chatarra extranjera. Sí, todos se largan de aquí o se traen algo de fuera. Aquí no hay nada. Esos coches no tardarán en descuajaringarse, se les desprenderá el suelo y las carrocerías irán a parar a los bosques de las afueras. Ya no habrá quien compre esos restos. Serán habitados por zorros o perdices. Los zorros son listos. Los veo cada vez más cerca de la ciudad. La gente tira la comida. La compra y no se la puede comer. Es barata y asquerosa. Perfecta para los zorros. A veces cruzan corriendo la carretera como perros o gatos. Comen el chorizo de los humanos y viven en berlinas oxidadas. Pues nadie va a limpiar esto. Chatarra vieja y apenas útil. Pero a los de la gasolinera les trae sin cuidado. Por lo general van rapados, son flacos y tienen orejas de soplillo. Como si estuvieran desnutridos. A veces echo gasolina por la noche y los observo a través del cristal. Sus movimientos son nerviosos e insectiles. Seguro que les pegaban de pequeños. En vano. Son tontos y maldicen sin parar. Pero luego, cuando se separan, cuando se quedan solos, se escurren a hurtadillas a la sombra de los muros sin levantar la vista.

Los polis también se reúnen allí. También suelen ir rapados. Si acaso, se les ve tal vez algo mejor alimentados, más grandes, más cebados, más seguros de sí mismos. Pero es una seguridad que han aprendido del cine estadounidense. En la ciudad, aparte de la gasolinera, por la noche solo

están abiertos los videoclubs. La gente alquila dos, tres, cuatro películas y vuelve a casa. Los polis no se diferencian en nada de la gente. Si acaso, puede que se crean mejores que los otros. Pero no lo son. Son iguales que los rapados de orejas de soplillo. Ven las mismas películas y, al igual que ellos, pasan las horas muertas en el bar de la gasolinera. Y también esperan una revolución que lo cambie todo. Es algo que se siente en la ciudad: la espera. Todos se dedican a la vida de forma provisional. La dejan pasar con la esperanza de que todo se vuelva patas arriba, de que se convierta en algo completamente diferente de lo que es, de que los últimos sean por fin los primeros.

Anoche me encontraba sentado junto a una mesa ocupada por un padre y su hijo. Eran forasteros. Se les reconoce fácilmente, porque no se sienten seguros. Miran constantemente a su alrededor. Incluso cuando reina la calma no pueden evitar lanzar miradas a los lados, como si esperaran un golpe o una provocación. El padre era grande, gordo y bigotudo. Estaba repanchingado descuidadamente, pero no paraba de mirar. El hijo se parecía a él, la comida abundante y barata ya empezaba a expandirlo. Yo estaba esperando a alguien y les escuché durante media hora. Sobre todo hablaba el viejo. De un coche, o, para ser exactos, de las puertas de un coche, de si compensaba pintarlas y cambiar la tapicería. El hijo básicamente estaba de acuerdo en todo y asentía con la cabeza. La palabra «tapicería» se repitió como diez o quince veces, jalonando rítmicamente la insípida perorata. El viejo confería a este rollazo la gravedad propia de los sermones paternales sobre el sentido y las encerronas de la vida. Estaban comiendo potaje de judías. En la cocina se freían sendos filetes de lomo rebozado. En cierto momento el monólogo se deslizó imperceptiblemente hacia un teléfono móvil que vendían a un precio asequible «con todos los extras». El hijo asentía de nuevo, intercalando monosílabos. Luego se levantó y fue hasta la barra a buscar los segundos platos. Llevaba un chándal de nailon azul oscuro. El padre, una cazadora de cuero.

La persona a la que estaba esperando no llegó y tuve que irme. Los vi otra vez por el cristal. El viejo tragaba despacio y hablaba entre bocado y bocado. El joven comía con la mirada clavada en el plato. No eran de aquí, pero se dirigían a algún lugar parecido. A Zlobiska, pongamos, o más allá, cerca de la frontera. Seguramente allí hay, menos coches y farolas, pero el resto es idéntico. Pero ahora estaban sentados sobre polipiel, ante una mesa

de madera ficticia, al lado de una planta de plástico, en aquel interior niquelado y reluciente como una patena, y no tenían ninguna prisa por irse a casa. Así surgió esta ciudad. La gente empezó a venir aquí porque no aguantaba más en la suya. Ahora huye de aquí, haciendo sitio para otros como los de la gasolinera. En el negocio ha de haber movimiento. Después todo decae y el movimiento se traslada a otra parte junto con los negocios. Quedan los que ya no tienen fuerzas. En todas partes son ellos quienes se quedan y dan cuenta de las sobras. Como yo.

Bastan diez minutos para llegar de una punta a otra. En toda la ciudad hay veintidós tiendas de ropa usada. Algunas son como las de ropa nueva (espejos, probadores, mucha luz), en otras se entra como en un sótano. No tienen ventanas ni ventilación. Todo lo traen de Europa. Eso dicen. Una vez a la semana entra en la vía muerta un mercancías y descarga grandes fardos de ropa prensada. Las dueñas de las tiendas, pues son todas mujeres, se reparten el cargamento, lo pesan, lo pagan y lo meten en furgonetas. Esto ocurre los martes y entonces las tiendas no abren hasta el mediodía. La gente dice que todo viene de Europa. Eso dicen, porque para ellos París es siempre un consuelo. Sobre todo para las mujeres, que remiran las prendas al derecho y al revés, las levantan hacia la luz, las extienden y luego dicen: «Déjemelo apartado. Mañana vuelvo con el dinero».

El tren de los martes sigue luego hacia las montañas, hacia la frontera, arrastrando vagones del mismo tipo hasta Sabinov, Gónc y Bistrita. En el descargadero esperan mujeres, coches y hombres contratados para hacer la carga, y en Bistrita, además de los coches, hay carros tirados por caballos. Las mujeres pagan por kilo, pero no hay cómo pesar todo aquello, de modo que discuten con los mayoristas de los vagones, que se hacen un lío con las palabrotas en cinco lenguas. Así son las cosas por estos pagos: rubias teñidas extraen prendas sueltas de los apretados fardos, las levantan, las plantan ante las narices de los granujas sebosos con cazadora de cuero y chillan: «¡¿Esto es París, esto es Francia?! ¡Esto es la puta Turquía!».

Me lo conozco muy bien. En tiempos trabajé para ellas con la furgoneta. Me llamaban y me decían que fuera a las siete, a las seis o más temprano. Recuerdo el tufo a detergente barato. En verano se hacía insoportable. Media hora bajo el techo de chapa y se asfixiaba uno. Transportaba la mercancía hasta Zlobiska, hasta Grobów y más lejos aún.

Luego conocí a Wladek y empezamos a hacerlo por nuestra cuenta, sin intermediarios, sin tías de por medio, sacábamos del vagón lo primero que

pillábamos, soltábamos la pasta y arrancábamos. Yo conducía. El sabía calcular y dar el cambio rápidamente. Tenía en la cabeza una calculadora de divisas: siete, ocho, diez monedas diferentes. Dividía, multiplicaba, restaba y sacaba porcentajes al tiempo que conversaba, fumaba, regateaba y discutía con los clientes. Era el legado de los viejos tiempos, cuando, con los bolsillos llenos de rublos, leus, forintos y coronas, bajaba hasta Suceava pasando por Chernivtsi y luego volvía por Satu Mare, Tokaj y Kosice.

Ahora parábamos allá por Ozenna o al otro lado de las montañas, en Havaj, en Miková, lejos del ferrocarril, lejos de las carreteras principales. Wladek estaba más gordo y más lento, pero aún se las arreglaba con las pueblerinas. Las mejores prendas las teníamos colgadas en percheros, bastaba sacarlos de la furgoneta y colocarlos en alguna plazoleta frente a una tienda o un bar: americanas, abrigos, chaquetas. El resto lo llevábamos en cajones de plástico. Con un par de tablas montábamos una especie de mostrador y ya se podía comenzar. En Torysa, Wladek conocía al alcalde y, cuando sacábamos la mercancía, por los altavoces del pueblo su secretaria anunciaba la irrepetible ocasión de adquirir vestimentas europeas y universales a precios increíblemente baratos en moneda local. Y a continuación venían mujeres con pañuelos violetas en la cabeza, se acercaban la ropa a los ojos, la examinaban al trasluz, manoseaban las sedas artificiales, el algodón gastado, la lana raída, y preguntaban: «*Kol'ko stojí?*», y entonces Wladek alzaba la vista al cielo, como si le hubieran tocado la fibra sensible, y respondía: «Estimada señora y querida jefa, no me venga con “*kolko*”, que esto apenas cuesta nada, esto es *darmo*, es *ieftin*, *lacno*, y de aquí al mismísimo Presvár no encontrará usted nada *olcsóbb*».<sup>1</sup> Agarraba el nailon verde transparente con volantes, se lo ponía sobre la oronda barriga, daba medio paso para un lado y medio para el otro, y las mujeres lo seguían con la mirada como a un mago, como a un milagrero que hubiera venido a cambiar sus vidas. «Pa-ris-London-New York, lo pone aquí», y les plantaba ante las narices las preciosas etiquetas bordadas con hilo dorado y hechas seguramente en Estambul o en Pekín. «¡Hey, París!», contestaban, y el viento les arrancaba de las manos esas baratijas estiradas en la lavadora, esa morralla desahuciada al tercer uso, esas creaciones que estaban pasadas de moda antes de que nadie se fijara en ellas.

Sí, sin él no nos las habríamos apañado. Sin él no habríamos vendido nada ni a los gitanos. Y, si en efecto se trataba de Torysa, los gitanos

bajaban de su desesperanzador poblado de madera, armado sobre las colinas que dominaban el pueblo. Sí, no les habríamos vendido nada ni a ellos, y eso que parecían gente necesitada de todo. Eran principalmente mujeres, mujeres con niños. Formaban un semicírculo y se quedaban esperando a que las blancas se dispersaran un poco, a que se cansaran de mirar y compraran algo a cambio de un billete azul o rojo. Las blancas todavía tenían un pase. Llevaban puesto algo normal, algo que ellas mismas habían elegido, algo que tenía cierto sentido, un pañuelo de flores, una falda, un delantal, algo que habían llevado sus madres, algo corriente. Pero ¡las otras! Aquello era el desbarajuste de la confección universal: amarillos, rojos, verdes y azules fosforescentes como fuegos tentadores. Bajo todo ello se vislumbraban cuerpos de chocolate, piel morena en los descosidos y el resplandor de las mil y una noches en las cremalleras rotas.

«Hermanas y hermanos negros...», así empezaba su discurso y yo ya no hacía falta. Lo dejaba y me acercaba a mirar las pulcras casas de ladrillo colocadas de cara a la carretera. Aquellos pueblos parecían ciudades bajas. Qué pueblos son esos en los que no se ven gallinas ni cagadas de caballo. Todo está escondido tras muros y verjas. En las torres cuadrangulares de las iglesias hay pintados relojes con las agujas congeladas a las doce menos cuarto, como si algo estuviera a punto de ocurrir, de llegar, de cambiar, como si fueran a venir los tártaros o los turcos, o los alemanes, o los rusos, o los estadounidenses, o como si al cabo de ese cuarto de hora fuera a ocurrir algún milagro y ya, por los siglos de los siglos, no hubiera de venir nadie más.

—¡Entonces, hermanas y hermanos negros! Sé que no tenéis dinero, sé que no tenéis mucho, aunque si por mí fuera lo tendríais a raudales, cuanto más mejor; y, además, dinero vuestro, gitano, del banco nacional gitano, y más fuerte que el dólar y el euro juntos, hermanos y hermanas...

Pero no puedo jurar que se tratase de Torysa. A lo mejor en aquella ocasión llegamos más al sur, y no fueron las mujeres blancas las primeras en rodearnos, sino directamente las otras, porque estábamos en Vlachy o en Bystrany. Era siempre él quien decidía la ruta y encontraba el camino, era él quien había ideado todo aquel negocio y quien un día había venido a decirme:

—¿Piensas seguir dando vueltas por este poblacho y trabajando para esas veinte tías que pronto serán treinta? Vamos a ir adonde de verdad nos

necesitan y aún no han llegado las tías. Vamos a ir adonde aún son más pobres.

Le pregunté entonces por qué no iba solo.

—Porque no me gusta conducir. En cambio, me gusta echar un trago bien tempranito. Y eso es incompatible.

Pero tampoco es que empezara tan temprano. A eso del mediodía, y con un chupito. Y si estábamos en la carretera, en el trabajo, mantenía hasta la tarde, hasta el anochecer, un ritmo regular: cada hora. De reloj. Su consumo era tan preciso como una reacción química en laboratorio.

Le dije que «bueno», pues era una opción tan mala como cualquier otra, pero al menos tenía la seguridad de que a nadie de por aquí se le había ocurrido antes.

—Y además no tengo pasta—añadió al final.

Pero lo de «bueno» no lo dije hasta pasado un tiempo. Primero tuvo que contarme muchas cosas. Me pillaba por banda en la vía muerta, o en la gasolinera cuando estaba repostando o comiendo, o se me metía en el coche sin más cuando estaba parado en el semáforo. Hoy tengo la impresión de haberlo conocido desde siempre, pero por nada del mundo sería capaz de recordar cómo y dónde nos conocimos. En una ciudad como ésta te encuentras siempre con la misma gente, hasta que al final el desconocido se vuelve conocido de vista, luego conocido, y después ya no te imaginas que el mundo pudiera existir sin él.

—Todo ha cambiado—decía—. Antes llevaba ropa nueva a las ciudades, donde se celebraban los mercados más grandes. A Suceava, por ejemplo, o a cualquier otro lado, o adonde los famélicos rusos, o a la estación de Keleti, pero eso ya pasó. Incluso Mexikoplatz es agua pasada. Ahora hay que llevar ropa vieja a los pueblos. Ropa ya gastada para la ciudad, pero todavía buena para el pueblo, de colores como en la tele, ir donde no haya ido nadie antes que nosotros. O, en todo caso, pocos. ¡Piénsalo! ¡Mercancía extranjera del extranjero! Seguro que funciona. A sus paisanos no les comprarían, pero a nosotros sí.

Cruzábamos por un paso muerto en medio de las montañas. En un descampado se alzaban grandes edificios de cristal que el viento golpeaba. De lejos parecían una nave espacial abandonada o un supermercado desmantelado. Las barreras rojiblancas apuntaban hacia el cielo y se iban cubriendo de herrumbre. Los cristales estaban rotos, era cosa de los chiquillos, las aves migratorias, o el viento... a saber. Cuando llegaba la

primavera y subía la temperatura, venían los gitanos de la cara sur de las montañas y montaban una especie de campamento. En el exterior encendían hogueras, cocinaban, en resumidas cuentas, vivían y dormían cuando hacía bueno. Y cuando llovía a cántaros se trasladaban al interior, a las oficinas, a las salas de aduanas, a las casetas donde antaño estaban los guardas con sus ordenadores, sus pistolas Glock y sus botones para subir las barreras. En el fondo se habían convertido en los nuevos aduaneros. Al igual que antes, los coches reducían la velocidad al llegar allí. Con un respeto aprendido entraban en la sombra de aquel hangar abierto y lleno de ráfagas de viento, y entonces ellos salían de todos los rincones, les cortaban el paso y, sin más, exigían peaje: los chiquillos, las mujeres con los bebés, mientras que los hombres se mantenían un tanto alejados, pero lo suficientemente cerca. Y la mayoría de los viajeros pagaba. Entreabrían la ventanilla y les daban algo de calderilla. Veinte céntimos, un zloty, quince coronas, cien forintos, cincuenta kopeks, veinte bani... Pagaban gustosos, porque era como una especie de sello en el pasaporte. La chiquillería morena se balanceaba en las barreras como si fueran columpios; los padres, de brazos cruzados, observaban con la mirada inmóvil; y las mujeres simplemente se acercaban con la mano extendida como si cobraran por la entrada, por el espectáculo. La colada estaba tendida en cuerdas y flotaba un humo azul.

Pasábamos por allí con tanta frecuencia que no nos pedían nada. Parábamos, y los hombres venían a saludar. A veces aparcaba a un lado, en el sido donde los aduaneros solían registrar los equipajes, y Wladek descorría el portón lateral. Elegía una, dos, tres maravillas fosforescentes y, con una reverencia, se las regalaba a alguna de las mujeres de aspecto más distinguido. A los hombres les daba cigarrillos. Luego tomábamos la carretera que cruzaba el bosque, ascendíamos al parteaguas de los Cárpatos y en quince minutos estábamos al otro lado de las montañas.

—Dentro de poco serán más que nosotros por estos pagos—decía Wladek al ver las primeras casas como Dios manda al borde de la carretera—. Fundarán su propio país, y sanseacabó.

Tenía ese tipo de ideas, pues vivía constantemente en el futuro. Seguramente por eso acabé aceptando. Para no pensar en el porvenir, para dejarle esa tarea a otro. Bueno, y para no sentir el olor de la ciudad. Me pasaba la vida dando vueltas por ella. Igual que los pobres imbéciles de los rapados que, por ponerse doble tubo de escape, creían llevar una vida llena



de aventuras. Igualito. Con la diferencia de que yo tenía una furgoneta diésel vieja y cascada con la que intentaba ganarme el pan.

—Siempre han vivido de lo que se tira, de lo que nadie necesita. Siempre aparecen en los lugares de los que todos se han marchado ya—dijo al dejar atrás Zborov y su iglesia muerta con dos torres en las que ahora anidaban pájaros.

Sobre el fondo azul del cielo vimos revolotear cornejas, grajos, grajillas, tal vez incluso cuervos o, en cualquier caso, algo negro. Bandadas enteras salían por los agujeros del caparazón de tejas. Tal vez fue aquella la primera vez que pusimos rumbo al sur con la mercancía y lo que más me extrañó fue que una iglesia pudiera estar así, abandonada y habitada por cornejas. Allí había un cruce. Por la izquierda se llegaba donde los rutenos, por la derecha donde los gitanos. Así me lo aprendí, y aunque ya ha pasado tiempo desde entonces, cada vez que llego a Zborov sigo repitiéndome que a la izquierda queda Rutenia y a la derecha la India.

—Y ahora que las fronteras han pasado de moda, ya lo ves, enseguida se han instalado aquí.

—Deberíamos poner una tienda en los invernaderos esos, en vez de andar yendo y viniendo—dije, refiriéndome al paso fronterizo.

—Olvídalo. Cuando retiraron a los guardias, hubo iniciativas de todo tipo. Un bar, un discobar, un burdel, un burdel con bar, un burdel con discobar, pero siempre sucedía que venían los del otro lado o los del nuestro, se sentaban, echaban una ojeada, se tomaban una cerveza y se volvían por donde habían venido. A veces aparecían una segunda o una tercera vez, pero siempre acababan dando media vuelta y nunca más se les veía por allí. No tenían sensación de seguridad. Un burdel en un paso de montaña en pleno bosque queda bien en las novelas románticas. Estaba demasiado a la vista, a pesar de encontrarse en medio de la nada.

—La carretera es demasiado estrecha—dije.

—¿Qué?

—Los camiones no pueden pasar. Y en invierno, ya ni te digo.

—Sí—contestó—. Tienes razón. Los camioneros son como perros hambrientos. Sí, los camioneros turcos son como perros hambrientos—y se echó a reír.

Y después, pasado Bardejov, me mandó meterme a la izquierda, por un camino que había de ahorrarnos veinte o treinta kilómetros.

—Una vez pasé por aquí—dijo—. Antes tenía a un conocido en la zona. Le traía pieles de carnero. Unas diez cada vez. Ibamos tres o cuatro y las llevábamos sobre los asientos a modo de fundas. Teníamos que ir sentados encima para que los aduaneros no las vieran. Duró como medio año, el negocio aquel. Ya no recuerdo qué traíamos a la vuelta, pero seguramente alcohol rectificado. Una vez pasamos como quince litros dentro de la rueda de repuesto, pero luego apestaba a goma y nos lo tuvimos que beber nosotros.

La carretera se estrechó y se llenó de baches. Viejas casas de madera se apiñaban unas contra otras, y a sus espaldas brotaban las escarpadas paredes de un barranco. En los retazos de terreno llano que separaban las fincas se amontonaban troncos de abeto y de haya. Los habían bajado del bosque y ahora esperaban allí a que se los llevaran. En todo el pueblo no vi ni un solo coche. Tampoco se veía gente. En la pendiente había un gran tractor forestal. Estaba frío y oxidado. Paramos junto a la última casa y Wladek me mandó tocar el claxon. Vi moverse los visillos. Al cabo de un rato apareció tras la esquina un hombre mayor con una pelliza de carnero. Se detuvo y se quedó mirando en nuestra dirección.

—Es él. Mejor que me esperes. No le gustan los desconocidos—dijo, y bajó de la furgoneta.

Se paró junto a la cancela, como esperando a que el viejo lo reconociera, y no entró hasta que este asintió con la cabeza.

Era la última casa, y un trecho más adelante el asfalto se convertía en grava.

De verdad no recordaba la primera vez que lo había visto. Era como el espíritu de esta ciudad. Su encarnación: gris, invisible, casi transparente; el primogénito de la cotidianidad, acostumbrado a tratar de tú a tú al fracaso desde que nació. Pero bastaba mirarlo y detener la vista, mantener la mirada para que no lo atravesara, y enseguida cambiaba. Cuando alguien se percataba de su existencia, él se volvía visible. Se recomponía, se tensaba, su presencia, simplemente, se condensaba. Había estado en todas partes, lo veía y lo sabía todo, y el resto lo presentía.

A lo mejor fue en el Antaiek. Me gustaba ir allí. Dejaba la furgoneta y daba un paseo de quince minutos desde las afueras hasta prácticamente el centro. Era un antro, pero me gustaba. Cogía la jarra y me sentaba de espaldas a la pared, de forma que pudiera ver el televisor suspendido del techo. Cuando uno mira absorto la pantalla, resulta más difícil meterse con él. En la ciudad había varios bares más, pero el Antaiek era el único donde los clientes no se las daban de nada. No se imaginaban que eran hombres de negocios, gánsters, parias negros de los suburbios del otro lado del océano, muñecas de porcelana de alguna peli porno, políticos, tranquitroncos al loro de las últimas tendencias mundiales, o cualquier otro modelo de los que propaga la televisión. No, al Antaiek iban los que querían privar y punto. Creo que era el lugar más honrado en toda aquella ciudad moribunda. Y los clientes, en efecto, tenían pinta de no ver la tele. Si acaso, la antigua, la de hacía veinte o treinta años. Llevaban americanas y jerséis de los que yo pillaba en la vía muerta para repartírselos a las tías. Esa ropa se la habían comprado sus mujeres y parecía que desde entonces no se la hubieran quitado. Me tomaba una cerveza y luego otra, mirando la tele. No había nada de comer. Palitos salados y patatas de bolsa. Nunca vi a nadie comprar ninguna de las dos cosas. La tele no hacía más que glorificar el consumo una y otra vez, pero a la peña se la sudaba. Lo que querían era privar para no pensar, y tenían razón. A lo mejor fue allí donde, sin más, se me sentó al lado y dijo: «Pero usted no es de aquí, ¿verdad?». Debí de intentar seguir mirando la pantalla, en la que ponían lucha libre, peleas en gelatina o discursos, pero él no se dio por vencido: «Sabe usted, de aquí todo el mundo se va o al menos lo intenta, así que cuando aparece alguien de fuera, algún recién llegado, pues resulta interesante. Y tiene usted la placa

antigua». Seguramente le pregunté: «¿Qué placa?». Se refería a la matrícula de la furgoneta.

De modo que debía de haber estado observándome, debía de tenerme controlado. Puede que, de algún modo, me estuviera esperando, como quien espera una casualidad con visos de destino.

Lo vi aparecer tras la esquina. Cuando estaba ya a la altura de la cancela, volvieron a moverse los visillos. El viejo lo acompañaba con la mirada. Subió a la cabina y me mostró un tarro de un litro con algo grisáceo dentro.

—Manteca—dijo.

—Bravo—contesté.

—De tejón, tío... Tiene propiedades mágicas. Cura todas las enfermedades, lo único que no hace es resucitar a los muertos. Esa es la opinión popular.

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—¿Cuánto te ha costado?

—Treinta cartuchos para la escopeta de dos cañones.

Arranqué el motor y él me indicó con la cabeza que tirara recto. El pueblo se acabó y a ambos lados de la carretera surgió un bosque. Llegamos hasta una barrera bajada. Metió la mano bajo el asiento y de la caja de herramientas sacó una llave en T.

—Del catorce—dijo.

—¿Estás seguro?—pregunté.

—Mira, esto es un atajo que nos ahorrará como cuarenta kilómetros, y el viejo ha dicho que hoy no ha visto por aquí a los guardabosques. Si pasa algo, les decimos que estaba abierto.

—Pero ¡si hay una señal de prohibido el paso!

—¡Cojones! Pues les decimos que en Polonia las señales son diferentes y que no nos dimos cuenta.

Cogió la llave y bajó. No me apetecía discutir. Pasé, y él, como si tal cosa, volvió a cerrar la barrera. Luego montó y arrancamos cuesta arriba. Nos adentramos en un bosque y al cabo de cinco minutos teníamos a la derecha un precipicio y a la izquierda una pared de esquisto. El camino era estrecho y empinado. Abajo se divisaban puntas de abetos. Como viniera

alguien de frente no cabríamos, pero en la carretera crecía la hierba, no parecía que muchos atajaran por allí.

—Unos siete u ocho kilómetros cuesta arriba, otros tantos para abajo y llegaremos a Majdan, pero allí no hay más que unas cuantas casuchas. Vamos a ir hasta Lipany o Sabi-nov. Hoy es un buen día, porque cobran el paro y los subsidios. Lo mejor sería aparcar cerca de la oficina de empleo. En Lipany creo que incluso conozco a algunos polis. Ya sabes, los tíos se van directos a tomar birra y *borovicka*,<sup>2</sup> o sea, *bororo*, como decía Pankovcín el de Marakés, que en paz descansa, que también andaba de aquí para allá con su mercancía, pero en un viejo autobús reconvertido en tienda de alimentación. Aquel trasto avanzaba zumbando y tintineando, en las curvas se caía todo de los estantes, y olía a ahumados, a droguería y a desinfección, pero lo que le pidieras te lo traía: una lavadora, un frigorífico o cuatro neumáticos para el Skoda Favorit. En invierno ponía las cadenas para poder llegar hasta Kalinov o Habura y llevarles *bo-roro* y cintas de vídeo para intercambiar... Así fue hasta que murió. Lo encontraron por la mañana. Aún le había dado tiempo a hacerse a un lado, poner punto muerto y echar el freno de mano, pero no había apagado el motor, y se encontraron el viejo autobús gorgoteando en pleno bosque en el desfiladero de Miková, y él parecía dormido, como si estuviera echando una cabezada de puro cansado. Era verano, así que llevaba las ventanillas abiertas, y, al parecer, había pájaros escarbando entre el arroz, el trigo sarraceno y lo demás, una bandada entera de pájaros del bosque, arrendajos... Eso decía la gente. Ah, sí: los hombres con dinerito fresco, a privar; y las mujeres, a por trapitos baratos de los nuestros. Ése es el plan para hoy.

Yo iba a cinco por hora como quien lleva un tractor por el campo, y él, dándole a la lengua. Es muy posible que por miedo y por no mirar al abismo. Yo me preguntaba cuándo le había dado tiempo a vivir tantas cosas y cómo demonios lo recordaba todo. O a lo mejor se lo inventaba, pero qué más daba, si al final de alguna manera acabábamos repitiendo esas invenciones en la vida real.

Aquel día no llegamos a ningún lado. En medio de la carretera había un Lada Niva blanco. Y un tío con uniforme de guardabosques meando contra una de las ruedas. Ibamos tan despacio que no nos oyó. Solo cuando paramos alzó los ojos. Sin prisa, terminó, la sacudió y la guardó. Vino hacia nosotros. Tenía unos cincuenta años, el pelo cano y la cara roja. Bajé la

ventanilla y me quedé esperando. Empezó a decir algo, pero yo meneé la cabeza y señalé a Wladek. Se puso aún más rojo y rodeó el morro de la furgoneta. Se pusieron a hablar. Yo entendía una palabra de cada tres y no necesitaba más. No quería entender nada. Se estaban peleando. El otro se ponía cada vez más rojo. Parecía estar a punto de explotar. Me pareció que nos mandaba a tomar por culo allá de donde veníamos. Al menos en esa dirección estiró el brazo. Tuve que maniobrar siete u ocho veces para dar la vuelta. El tipo miraba, esperando a que nos hostiáramos por el precipicio.

—Sí. Nos ha mandado a tomar por culo—dijo cuando ya volvíamos cuesta abajo.

—¿No podías haberle dado algo?

—No lo habría aceptado.

—¿Cómo lo sabes?

—Los conozco. Hombre, igual si les dieras cinco mil dólares... Es una cuestión de principios.

—¿De qué principios?

—De que son ellos los que mandan.

—¿En el bosque? ¡Si no había testigos! Ni de si manda o no manda, ni de si acepta o no acepta.

—Tío, qué sabrás tú... Hace apenas unos años que tienen su propio país, y dentro de poco ya habrá en él más gitanos que ciudadanos de primera categoría. Y, para colmo, los húngaros tras la frontera sur, cientos de miles de antiguos torturadores y opresores, tío... Alégrate de que no seamos húngaros. Nos habría reventado las ruedas a balazos por darnos a la fuga, los conozco.

No dejaba de parlotear. Tenía que hablar. Estaba claro que aquel día no íbamos a ganar ni un pavo. Abajo se extendía un pueblo. El humo azul de las chimeneas subía directo al cielo. Un viejo con una zamarra de carnero estaba sentado en un banco ante una choza. Sus manos se movían, pero yo no conseguía descifrar el sentido de los gestos. Solo movía los dedos. Nos lanzó una ojeada furtiva y bajó la mirada.

—Está trenzando lazos para pájaros con crines de caballo—me dijo cuando le pregunté—. Son tan finas que casi ni se ven.

El pueblo tendría unas cincuenta casas, pero no vimos un alma. Como antes con el viejo, solo se entreabrían los visillos y todos nos seguían con la mirada, esperando a que desapareciéramos y los dejáramos en paz.

Volvimos a la carretera general. Pusimos rumbo al oeste sin convicción. En Ruská Vola, los edificios del antiguo paso fronterizo estaban reconvertidos en naves comerciales, almacenes o algo por el estilo. Llegaban camiones con matrícula eslovaca o polaca y descargaban, cargaban, reembalaban; carretillas elevadoras trajinaban con palés y reinaba una atmósfera febril y agitada, como si de golpe la coyuntura se hubiera vuelto favorable a ni se sabe qué.

—Ves, la han prolongado.

—¿Qué es lo que han prolongado?—pregunté.

—La vía muerta, quinientos metros de vía desde la línea principal.

Me mandó salir de la carretera. Tenía que husmear. Paré en el aparcamiento y él bajó de un salto y se metió corriendo entre los camiones y furgonetas. De la lejanía llegaba un estruendo de vagones acoplándose. Antiguamente había allí barracas que vendían vodka y cerveza. También lo hacían las casas que bordeaban la carretera. Sobre sus dinteles, cual blasones de antiguas posadas, pendían cajas de Zlaty Bazant, Smádny Mních, Staropramen y Kelt. Las barracas estaban siempre atestadas de gente. Yo también solía darme el viaje hasta allí. Tras los mostradores se afanaban mujeres rollizas que aceptaban cualquier dinero menos el ruso y el ucraniano. En los cajones lo tenían todo mezclado, pero te devolvían el cambio con la exactitud de una máquina y en la moneda que quisieras. Compraba whisky barato, me volvía a mi casa, al otro lado de la frontera, y bebía a solas, escuchando los sonidos de la ciudad. Vivía a la orilla del río, cerca del puente. Oía retumbar los grandes camiones, que nunca se detenían aquí, y el rugido de los Golf trucados, que se dedicaban a dar vueltas en redondo porque no tenían adonde ir. Tres botellas me daban para cinco días, porque también me traía cerveza. Lo hacía dos veces al mes. No conocía a casi nadie aquí y tampoco quería. Después todo cambió, se quedaron sin clientes, alguien desmontó las barracas y descolgó las cajas.

De entre los camiones salieron dos hombres. Llevaban siete u ocho neumáticos en una larga pértiga. Por la puerta lateral de una Transit blanca asomó una mano, quitó el peso del hombro del primer porteador y metió la carga en el interior. Enseguida la barra quedó vacía y se la llevaron de vuelta. Vestían raídos uniformes de aduanero. Sólo les faltaban los galones.

Volvió al cabo de veinte minutos. Se dejó caer en el asiento y metió la mano en la guantera. Sacó un vasito de vidrio grueso y una botella de *pálinka* de albaricoque.

—Neumáticos—dijo—. Vagones enteros de neumáticos—. Se sirvió un trago y se lo bebió—. Vagones enteros de neumáticos usados. Al lado de la vía muerta ya han puesto almacenes. Los traen en tren desde Austria, pero vienen de toda Europa, de Italia, de Francia, y desde aquí los reparten por el mundo adelante. Tienen lo que quieras, incluso de tractor, y de bicicleta, y todo organizado como en un almacén, aquí Fulda, aquí Goodyear, por tamaños, los de invierno aparte, los de cuatro por cuatro aparte, en mi vida había visto tantos neumáticos, tío. Y encima clasificados según el precio, de los más viejos a los seminuevos, y todo está metido en los ordenadores, basta que les digas lo que buscas y el tío teclea y te dice si tiene algo para ti o no. He visto coches de Rumania, de Bosnia, de Bulgaria, ya te digo, un proveedor de goma usada para medio continente...

—¿De quién es?—le interrumpí.

—He preguntado. Nadie lo sabe.

—¿No saben para quién trabajan?

—Dicen que es una sociedad. Cuando uno no sabe, siempre dice «sociedad». O sea: unos ladrones arteros. Esto se llama «Centrum Visegrád».

—Qué bonito—dije.

—Pero ¿qué significa?

—Nada. Es una ciudad de Hungría. O más bien un pueblo con un castillo. Allí estuvo encerrado Drácula.

—¿El vampiro?—preguntó, mirándome con curiosidad.

—No. El de verdad.

—No sabía que hubiera uno de verdad—dijo un poco decepcionado.

—Lo tenían en una mazmorra. Era una especie de rey rumano. Cuando se aburría cazaba ratones y los ensartaba en palitos afilados. Lo mismo que hacía con la gente cuando estaba en libertad. Era la moda que había por aquel entonces.

Pero ya había perdido el interés. Ahora pensaba en trenes cargados de neumáticos, en desechos que todavía podían venderse a alguien, en chatarra que siempre encontraría compradores, en sobras de las que alguien daría buena cuenta. Escuchaba al instinto.

Aquel día ya no seguimos adelante. No vendimos nada. Mientras volvíamos, él soñaba despierto. Veía trenes llenos de vaqueros gastados y americanas de lana inglesa recién salidas de la tintorería, veía naves donde todo aquello estaba colgado o doblado y amontonado en pilas vertiginosas,



miles de vestidos, decenas de miles de blusas, camisas, camisetas, abrigos, cazadoras y jerséis separados por colores, tallas y precios, tal vez incluso por países de procedencia, aquí Holanda, allí Portugal y al fondo, pongamos por caso, Suiza.

—Sí—decía—, eso sí que sería la pera. Pero no aquí en Polonia, mejor en los alrededores de Budapest, por ejemplo; un sitio céntrico desde el que todo pilla cerca y tienes controlado un buen pedazo de mundo. Imagínate, vestiríamos a Moldavia y Macedonia con ropa de Londres. Con nuestro propio transporte, o alquilado, o vendrían ellos por su cuenta. Junto a la salida hacia Miskolc hay unos grandes terrenos ferroviarios, hectáreas enteras de vías muertas, y es justamente la línea de Viena, por lo tanto un buen punto, porque al lado está la M3, o sea, la salida hacia Eslovaquia, Ucrania y el norte de Rumania, tío... ¿Y para el otro lado? Un trecho por la Róbert Károly kórút y enseguida tienes el Danubio, el puente Arpada y los muelles. Por agua se puede transportar más, y más barato; aparte de que río abajo el barco anda solo: Belgrado, parte de Bulgaria, Ruse, Rumania, Galati...

—¿Conoces bien Budapest?—pregunté para cortarle.

—Un poco.

Regresamos a la ciudad al anochecer. Lo llevé a su casa. Vivía en un bloque de cuatro plantas, en una colonia construida sobre una colina donde siempre hacía viento. Cogió la *pálinka* y se bajó. Me quedé mirándolo caminar por la acera absorto en sus ensoñaciones. No veía nada de lo que le rodeaba, no miraba. Andaba rápido, con la cabeza gacha, como si quisiera llevar sus pensamientos cuanto antes a su piso vacío y quedarse a solas con ellos. La noche era cálida y entre los bloques bullía la chavalada. Congregados en manadas, fumaban y escupían al suelo. Por las ventanas abiertas se oían los televisores: una docena de canales se fusionaba en el aire. Vivían en aquella colina como en una isla. El mundo les mandaba señales, pero se la sudaba su respuesta. Ellos lo entendían perfectamente y no iban a ningún lado. Intentaban imitar los programas. Bajaban en monopatín por unos escalones de cemento desportillados o por una cuestecilla de asfalto. Una vez, luego otra, y encendían otro cigarrillo.

Metí la primera y fui rodeando lentamente la manzana. Parecía una hoguera a punto de extinguirse: polvo, cenizas de cemento y los rescoldos fríos de los televisores. Tiré hacia abajo, bordeé el centro y por la ventanilla

entreabierta sentí la humedad del río. Tenía alquilada una casa de ladrillo rojo de un solo piso. El dormitorio, la cocina y ya está. El resto estaba lleno de trastos y cerrado a cal y canto. Pero disponía de un trozo de patio, una valla y una verja que se cerraba con llave, así que no tenía que preocuparme por la furgoneta. En el patio había también un cobertizo de tablas y en él me había montado una especie de taller, almacén y garaje. El jardín que antiguamente rodeaba la casa se había convertido en una selva por falta de cuidado. Arbustos de lila impedían la vista desde la calle. Oía la ciudad, pero no la veía. Una vez al mes venía una señora mayor a cobrar. Me sonreía y me preguntaba si estaba a gusto allí. Nunca quería pasar adentro. Los muebles del dormitorio, viejos y deteriorados, eran de los años sesenta y setenta, como los de mi infancia. No me hacía falta nada más. En invierno encendía la cocina y la estufa de azulejos. El olor a humo de carbón en el aire frío me recordaba una época muy remota. Antes de venirme aquí, también vendía trapitos, solo que nuevos. Hasta tenía una tienda. Pero aquello se acabó y me fui. Incluso podría decirse que huí, pues mi vida había saltado en pedazos y no conseguía recomponerla.

A veces, cuando hace buena noche, me siento junto al río. Mi jardín asilvestrado llega hasta la empinada orilla del río. Por esa parte no hay valla, sino matas de endrino y de majuelo. A la izquierda veo el puente y unas cuantas casas de dos pisos. A la derecha refulgen las luces de la gasolinera. A veces me llevo un colchón inflable y un saco de dormir y me quedo allí hasta que me caigo de sueño, contemplando cómo muere la ciudad e imaginando que me observo a mí mismo, que no soy más que mi propia sombra.

A veces venía por la mañana y nos poníamos a ordenar la mercancía. Había que tirar todos los trapos que llevábamos meses paseando de un lado a otro sin que nadie los mirara. Camisas descoloridas, americanas implanchables, vestidos agujereados, jerséis deshilachados y demás. En el fondo de los cajones de plástico encontrábamos botones, lentejuelas sueltas y cagadas de ratón. Los ratones debían de pasar semanas enteras de ruta con nosotros. Con jirones de tela construían nidos en los que parían a su prole ratonil. Cruzaban con nosotros la frontera y, de noche, mientras dormíamos en la cabina o en casa de algún conocido de Wladek, se escabullían hacia la oscuridad eslovaca en busca de comida y se convertían en ciudadanos de aquel bello país.

—Mira, mira lo que han hecho—decía agitando los trapos destrozados—. ¿No tenían dónde coño meterse?—Los examinaba con más atención, los frotaba entre los dedos y meneaba resignado la cabeza—. Y encima esto es plástico: tergal, nailon o alguna otra mierda. No hay quien duerma con esto puesto, se asfixia uno, pero los ratones como si nada.

Lo metíamos todo en sacos que colocábamos contra la pared del garaje. En invierno por lo menos no hacía viento. En primavera y en otoño tirábamos la mayor parte de la mercancía. Cambio de colección. Solo dejábamos un par de americanas, los mejores vaqueros, las cazadoras de cuero y unos pocos abrigos, entre ellos uno de piel negra que llevaba con nosotros desde el principio. Desde una vez que volvía yo de la frontera con un pequeño cargamento de vodka de contrabando. En la plaza mayor de Zlobiska estaba aparcado un Mercedes W123 de color verde grisáceo. Llevaba enganchado un remolque sobre el que estaba expuesta la ropa. Por encima de la montaña de trapos se desplegaba un armazón de tubos de aluminio en los que se columpiaban perchas con la mejor mercancía. Soplaban viento del sur, el sol se acercaba al ocaso y bajo sus rayos oblicuos aquellas creaciones ondeantes parecían pendones de iglesia. Al lado había un tío canoso fumando. Envolvía el cigarrillo con la mano para protegerlo de las ráfagas de viento. Miraba a un punto indefinido del espacio, como si el tenderete no fuera suyo, como si sólo estuviera cuidándolo y esperara impaciente la vuelta del dueño. Aparqué por allí y me acerqué. Eché un vistazo a la mercancía y vi el abrigo. Era negro, pesado, viejo, pero se hallaba en buen estado. Era un abrigo como los que llevaban los comunistas

para darse valor a sí mismos e infundir miedo. Bueno, y los nazis también. Mientras yo manoseaba la piel de la bestia, el tipo seguía mirando a lo lejos como si yo no estuviera allí.

—Ochocientos—dijo, y lanzó a lo lejos la colilla con un golpecito de la uña.

—¿Ochocientos qué?—pregunté.

—Ochocientos mil de los viejos—contestó—. No va a ser de los nuevos.<sup>3</sup> ¿Se lo quiere probar?

No quería. Ni siquiera quería comprarlo. Me interesaba más él mismo, allí plantado en mitad de la plaza vacía pese al viento, con su cara inmóvil y el empeño propio de las causas perdidas. Había llegado hasta el final y ya no podía sino volver. Más adelante estaba la frontera, por aquel entonces todavía real y debidamente vigilada. El hombre permanecía de pie esperando a que Zlobiska se apiadara y le enviara a algún comprador. Pero aquél no era el día de la compasión. Es lo que ocurre a veces en estos poblachos: todos te observan tras los visillos, pero nadie sale. Y él allí plantado como un monumento al capitalismo temprano y al espíritu emprendedor. Inmóvil, solitario y ridículo. Y encima con aquel viento que hacía aletear absurdamente todo el tenderete.

—No hay mucha vida—dije.

—Ni Dios, ya le digo—asintió—. No es que otros días sea la hostia, pero lo de hoy ya es el colmo.

—Será por el viento.

—Será—masculló, y me ofreció un cigarrillo.

Propuse que nos metiéramos en mi furgoneta, porque con semejante ventolera no había quien fumara, y eso hicimos. Me contó que a veces hacía más de cien kilómetros al día sin ganar un céntimo. Yo le conté que el mes anterior llevaba cinco litros de alcohol rectificado en el depósito del limpiaparabrisas y el aduanero me mandó apretar la palanca de al lado del volante, y con el calor de agosto el alcohol vaporizado se convirtió en una neblina, en una nube, y fue un milagro que a ninguno de los de la cola le diera por encender el mechero, pues allí, con los nervios, todos fuman. Luego me hizo aparcar a un lado, trajo un tubo de plástico y me mandó vaciar el depósito. Me atraganté y el alcohol me salió por la nariz. Le conté todo esto al vendedor y por fin sonrió vagamente. Habíamos terminado de fumar, pero no teníamos ningunas ganas de salir. Contemplábamos cómo el viento zarandeaba la ropa. Nadie tenía intención de comprar nada, ni

siquiera de echar un ojo. Nos observaban desde detrás de los visillos. Éramos forasteros. Le pregunté si no le apetecía un trago de vodka. Dijo que sí, pero que no quería arriesgarse, porque si le quitaban el carné de conducir ya no le quedaría nada.

—Pero conozco aquí a un fulano. Podemos ir a su casa y beber la noche entera si hace falta—propuso, mirándome de soslayo.

—Vale—contesté.

—Voy yo delante. Me llamo Heniek—dijo, y bajó de la furgoneta.

Una casa de madera se erguía solitaria sobre una colina. Abajo se divisaba el pueblo de Zlobiska con su iglesia blanca. Justo detrás de la casa empezaba el bosque. Los bajos de la furgoneta rozaban las piedras. En el patio había un triciclo fabricado a partir de una moto vieja. Llevaba un toldo de lona desplegado sobre un cajón de madera. El anfitrión salió a recibirnos descalzo. Nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Tenía unos cincuenta años, la tez morena, bigote y una mirada melancólica. Me dio la mano y la noté dura y agrietada. La casa tampoco parecía nueva. También estaba como agrietada, curtida por la lluvia y el viento, era de color marrón oscuro y parecida a su dueño. Por momentos hacía tanto viento que costaba respirar. Entramos: una mesa, cuatro sillas, un aparador, una estufa encalada y una cama cubierta con una manta gris. Olía a limpieza y al viento del sur que traspasaba la casa de parte a parte. Puse en la mesa dos botellas de vodka eslovaco. Heniek sacó otra, polaca, de la tienda de Zlobiska.

—Sólo tengo pan y conservas—dijo el anfitrión—. Voy a hacer té.

—No hace falta nada más—contestó Heniek, y nos sentamos.

Bebimos sin prisa, despacio y tranquilamente. Como ahorrando fuerzas para lo que aún estaba por venir. Ellos charlaban y yo escuchaba. Yo no era de allí, de modo que me tocaba esperar a que pasara un tiempo. Se hizo de noche y se enfrascaron en la historia de una muerte. Era la historia del asesinato de una mujer y había en ella amor y celos, como en una vieja novela romántica de las de verdad, de cuando las cosas aún estaban en su sitio. Alguien había sido acusado injustamente, alguien había querido escaquearse, pero no conseguí captar el verdadero sentido del relato. Yo no era de allí y no quería hacer preguntas. A veces dejaba de escucharles y me quedaba mirando cómo se inclinaban sobre la mesa, gesticulaban y sus grandes sombras se movían en las paredes. El anfitrión hablaba de un

ahorcado que había encontrado en una casa abandonada y apartada. Heniek, de un policía que veía espíritus y acabó volviéndose loco porque nadie quería creerle.<sup>4</sup> Yo miraba y escuchaba, y a la tenue luz de la única bombilla ellos mismos se iban asemejando un poco a espíritus, a espectros irreales, de tan absortos que estaban en una conversación sobre cosas y asuntos inexistentes que, sin embargo, para ellos existían sin lugar a dudas.

Más tarde, de madrugada, me trajo del remolque aquel abrigo, porque no encontraban nada para que me tapara. Se fueron a dormir en la única cama, y yo al desván. Hecho un ovillo, envuelto en el cuero negro, entre restos de heno, les oí discutir hasta altas horas. Por fin me dormí. Por la mañana compré el abrigo a mitad de precio.

Aunque ya hace tiempo de eso, todavía lo tengo. Al principio incluso me lo ponía. Ahora ya solo viaja conmigo. A veces lo uso para tumbarme debajo de la furgoneta. Puede que sea más viejo que yo, pero el paso de los años no ha hecho mella en él. Mucha menos que en mí.

En cualquier caso, fue Heniek quien me dijo que las tiendas de la ciudad solían necesitar transporte. Así empezó todo. Me enseñó la vía muerta y me presentó a las tenderas minoristas y a los mayoristas de los vagones. Me lo encontré varias veces en el descargadero, mientras elegía la mercancía con esa mirada suya un poco ausente, como si esperara algo, como si a través del presente avizorara una continuación. Luego desapareció y nadie supo decirme nada de él. Seguramente era todavía menos de aquí que yo, aunque ya de lejos olía a esta ciudad.

De modo que cada cierto tiempo tirábamos las cagadas de ratón y renovábamos la colección. La mercancía vieja no puede envejecer demasiado, porque ni los gitanos querrán llevársela regalada. Ventilábamos y sacudíamos. Lo que estaba doblado lo colgábamos para que se estirara un poco. No había que ir a ningún lado, así que yo traía cerveza y de vez en cuando hacíamos un descanso. En los días cálidos nos sentábamos a la orilla del río a mirar el otro lado. Constantemente llegaban nuevos coches a la gasolinera, repostaban y seguían su camino, como si ya nadie pudiera aguantar quieto en un sitio, como si la inmovilidad pudiera acarrear la muerte. Así debía de ser, pero yo aún no me lo creía. Un día que estábamos así sentados, dijo:

—Yo también tuve carné de conducir.

—¿Y qué pasó?

—Que lo perdí. Hace veinte años. Y nunca sabré si fue en Polonia o en Rusolandia.<sup>5</sup> En cualquier caso me di cuenta allí, cuando nos pararon. Veníamos de Sambir, de comprar ochenta gorros con orejeras.

—¿Ochenta qué?—pregunté, porque me pareció haber oído mal.

—Gorros con orejeras. Como los de las películas. De pelo de algún bicho, vete a saber, igual de gato. Habíamos vaciado tres tiendas de la calle principal. Nos miraban como a tarados, porque estábamos a principios de primavera. Pero les pagamos con rublos contantes y sonantes y se alegraron de que aquella ful desapareciera de los estantes. Llenamos el maletero del Fiat. íbamos tres. Nos turnábamos cada cierto tiempo. Queríamos hacer noche justo antes de la frontera rumana, pasarla al amanecer y colocar toda la mercancía a primera hora de la mañana en el mercado de Suceava. Ese era el plan.

—¿Ochenta gorros de pelo en mayo?

—A mí también me extrañó, pero todos decían que había demanda. Cómo íbamos a saber lo que se les pasaba por la cabeza a los rumanos. Con lo que sacáramos por los gorros teníamos pensado comprar dos máquinas Overlock, porque en Polonia se podían vender por el quíntuple o así.

—¿De esas para la lana?

—Sí. Movías una palanca a la derecha y a la izquierda y te salía un jersey o una bufanda.

—O un gorro con orejeras.

—Pues sí. En el fondo, un círculo vicioso. En cualquier caso, nos íbamos turnando y apenas bebíamos. Queríamos volver cuanto antes, porque tampoco es que nos apasionara lo de hacer turismo. Ya habíamos pasado Ivano-Frankivsk. Florecían los manzanos, o los cerezos, o las dos cosas, y en los huertos había casuchas de madera, verdes con postigos blancos. Eso del comunismo sólo quedaba bien en la televisión. En vivo era el siglo xix, como en tiempos del zar, y punto. Nos dirigíamos hacia Chernivtsi sin que ocurriera nada digno de reseñar. Nos pararon en algún poblacho, Medvedivka, Berezovka o cualquier otro agujero. Estaban dentro de un Lada viejo, esperándonos precisamente a nosotros. Justo iba yo al volante. Sebosos, barrigones, con el careto rojo y esas gorras que parecían portaaviones. Se acercan, apestan ya a distancia, pero te miran como a una mierda. Los pobres hijoputas de Medvedivka... «El permiso de conducir», dicen. Empiezo a buscar, pero resulta que no lo encuentro. En el pantalón, en la camisa, en la chaqueta, en la guantera, en la otra, nada... Mis colegas

empiezan a ponerse nerviosos y a palmotearse los bolsillos como si allí fueran a encontrar el documento que me daba derecho a viajar por carretera. Uno me susurra al oído: «Dales pasta a estos capullos y nos piramos». Total, que empiezo a buscar la pasta, pero me tiemblan las manos y no encuentro más que el certificado de matriculación de mi Fiat 125, y se me ocurre la genial idea de que puedo dárselo y decirles que es el carné de conducir polaco, porque qué van a saber ellos en su Berezovka o Baranivka. Y más con ese alfabeto medio bárbaro. Así que se lo doy, mientras sigo buscando la pasta. Y el tipo aquel, el más sebososo, pregunta: «¿Esto qué es? *Shto eta?*». «El carné de conducir», digo. «*Voditielskiyeprava*». Entonces él se lo guarda en el bolsillo sin decir palabra y nos manda seguir al puto coche patrulla. Un minuto después estábamos en el centro del pueblo, delante de la comisaría. Había gallinas escarbando en la arena. El menos gordo de los dos sacó del bolsillo una llave y abrió la puerta. El más gordo estiró la zarpa para que le diera las llaves del coche. Entramos. Apestaba como en todas partes donde hay tíos que sudan, fuman, huelen mal y no abren las ventanas. Nos metieron a los tres en un cuarto con una ventana enrejada, un banco y suelo de sintasol. Cerraron y se largaron. Nos pusimos a deliberar, encontramos por fin el dinero y estábamos dispuestos a dárselo todo con tal de que nos dejaran en paz y nos permitieran irnos. Pero ellos no querían dinero. A las dos horas, cuando ya nos asfixiábamos con el humo de todo lo que habíamos fumado, se abrió la puerta y el gordinflas me indicó con el dedo que lo siguiera, y allí, en aquella pseudooficina, había otros cuatro. Y también fumaban. El tufo de los Bielomor, tío, es tremendo. Todavía lo recuerdo, y no lo olvidaré hasta el fin de mis días...

Bebió un trago, dio una calada al cigarrillo y se quedó mirando a lo lejos, al otro lado del río, a la gasolinera y el carrusel de coches que iban y venían, pero en realidad otra vez miraba hacia el pasado, que constituía su auténtica obsesión, ya que no conseguía entender su funcionamiento, no lograba comprender su esencia. Le parecía que el pasado debería haber continuado, que no tenía ninguna razón para terminarse y dejarlo en la estacada. Y en cambio se veía obligado a hablar constantemente en pasado, mientras todo lo que tenía sentido desaparecía, y solamente el parloteo era capaz de arrancar de la inexistencia todos aquellos prodigios de los que había sido testigo y partícipe y que incesantemente trataba de resucitar.



—De todas formas el truco no funcionó. Era imposible que se lo tragaran. Y encima resultó que el gordinflas había servido en el ejército que ocupaba nuestra patria, en Legnica o por la zona, así que conocía la realidad polaca, y hasta tenía rudimentos de la lengua. Se sentó tras el escritorio y me miró como si le hubiera ofendido personalmente. «¿Y qué, pensabas que los rusos son gilipollas?», dijo al fin. «¿Que el ruso no se da cuenta, pensabas?». Cogió mi certificado de matriculación, lo miró, lo tiró sobre el escritorio y se oyó un «pías». Los demás nos miraban sombríamente por turnos a mí y al gordinflas, que debía de ser el jefe. «Como todos los polacos, pensabas que los rusos son idiotas, *da?*». Volvió a coger el documento, abrió un cajón y lo echó dentro. «Y encima estáis bebidos».

Dio otra calada y prosiguió:

—Para nada lo estábamos. Bueno, no demasiado. ¡Con lo atentos que había que estar! Los negocios, la carretera, el dinero, las ventas... así que muy moderadamente. Apuesto a que ellos lo estaban más, a que llevaban décadas sin conocer la sobriedad allí en su Makivka, porque yo tampoco querría estar sobrio si tuviera que quedarme allí. Pero aquel día no me había metido en el organismo más que un trago de vodka y una cerveza o dos como mucho desde la mañana, y ya era por la tarde. Cuando dijo lo de «y encima estáis bebidos», había en su voz tanto desprecio que era para cagarse. Uno de los más jóvenes me llevó a nuestro camarote, por llamarlo de algún modo, donde solo podías sentarte en el banco que había pegado a la pared o pasear. «No sé qué va a pasar», les dije a los colegas.

Hasta la mañana siguiente no apareció nadie. Se turnaban para sentarse, caminar o echar una cabezada. Reinaba el silencio, hacía frío, todo era duro e incómodo. Al parecer los habían dejado encerrados y se habían largado a la noche de Makivka o Baranivka. Sin más. Debían de creer que no se harían daño, o les traía sin cuidado. Al amanecer llegó el gordo, abrió, les devolvió el documento y preguntó si alguno de los demás tenía carné de conducir. Tenían los dos. Les mandó seguir su camino.

—Eso fue antes de Kolomyia. A las dos horas estábamos en Chernivtsi. Una más y llegamos a la frontera. Torres de vigilancia, alambre de espino, perros... un campo de concentración, y no el Consejo de Ayuda Mutua Económica; no se habría colado ni un ratón. Con los rusos la cosa fue rápida. Pasamos al lado rumano. Yo llevaba diez dólares estrujados en el puño. Inmediatamente nos mandaron abrir el maletero. Ni siquiera nos miraron los pasaportes, solo les interesaba la mercancía. Porque allí

entonces vivían en la pura miseria, tío, y los niños se morían de hambre en los hospitales, o de frío. Mandaba el zapatero y no había tutía. Los rusos estaban cebados; y los otros, más flacos y como más negruzcos. La cosa cambió al momento. Los rusos ya sabías de qué palo iban. Los otros tenían más inquina. Como si odiaran todo y a todos. Si tuvieras que cagar en un agujero en el suelo y por la noche alumbrarte con una vela, también estarías lleno de odio. Y así era. De noche viajabas por un país apagado. Como durante la guerra, como si se temieran ataques aéreos. Mientras el zapatero se construía una pirámide en Bucarest, las mujeres se metían en el coño Biseptol polaco para no quedarse embarazadas y parir niños que luego fueran a morir de hambre. Cada cierto tiempo les hacían revisiones obligatorias para ver si se habían hecho un raspado o estaban preñadas. El zapatero andaba emparanoiado con que había muy pocos rumanos y que tenían que multiplicarse para acabar dominando el mundo. En cualquier caso, los otros vieron inmediatamente los malditos gorros. Se pusieron a remover, a hurgar, a revolver, como si buscaran vete a saber qué cojones, oro, conservas, yo qué sé... Y yo con los diez dólares apretados en la mano, esperando a que el que tenía más galones se apartara siquiera un instante, para que no hubiera testigos. Era un juego que ellos conocían bien. Los más jóvenes se fueron con nuestros pasaportes a esa caseta de perro suya. El mayor, con la jeta petrificada como la de un cadáver, contemplaba el maletero. Me acerqué y le di el billete. Lo cogió y se lo metió tranquilamente en el bolsillo. Ni me miró. Solo masculló: «*Putin, putin*», que era poco; y que «*supus taxelor vamale*», que habría que imponer un arancel a los gorros, porque, si no, ya nos podíamos volver con ellos a donde los rusos. En una palabra, como para desesperarse. Saqué otros diez. Tío, en aquellos tiempos veinte dólares eran la mitad de un buen salario, veintipico botellas de vodka, te acuerdas. Los cogió y se los guardó, el capullo rumano aquel. Luego revolvió un poco más en el maletero, escogió cinco gorros y, sin cortarse un pelo, a la vista de todos, se fue a su caseta. Enseguida vino uno de los jóvenes a traernos los pasaportes.

Yo le escuchaba y me lo imaginaba en su viejo Fiat, atravesando un país extraño, maniobrando entre burros y rebaños de ovejas; me lo imaginaba abriéndose paso entre lo ignoto, lleno de miedo a lo desconocido mezclado con desprecio por lo ajeno, por los tiros de burros y caballos flacos, por la *mámáligá*,<sup>6</sup> por los polis siniestros y andrajosos, por aquella nación

envilecida y mísera, y el desprecio se mezclaba todo el tiempo con el miedo, pues veía que ellos también estaban aterrados y rehuían la mirada, no querían conversar, no fuera a ser que el forastero les trajera la desgracia. Así que tenía miedo. En Bucarest vio a un madero aporreando a un hombre en plena calle hasta que éste cayó al suelo, para seguidamente propinarle varias patadas en la cara y marcharse tranquilamente. En conjunto aquello parecía una ocupación, y él, con el corazón en un puño, se dirigía a Estambul, había parado a dormir en Bucarest, y llevaba desde el amanecer atravesando a toda velocidad la agostada llanura, camino del Danubio y del Puente de la Amistad,<sup>2</sup> que le llevaría al otro lado del río, a Ruse, ya en Bulgaria. Pues para él aquello era como una expedición a otro continente, a la jungla, a la oscuridad y a tierras de salvajes. Por la mañana, frente a su portal, había cargado cristales de roca y cámaras Zenit rusas o alguna otra mierda, se había despedido de los colegas que iban al primer turno de la fábrica (que entonces todavía ahumaba y alimentaba misericordiosamente a toda la zona), se había asegurado de llevar las ruedas debidamente hinchadas, suficientes piezas y cámaras de recambio, garrafas para la gasofa barata soviética, había comprobado los rublos y dólares que llevaba distribuidos por los bolsillos, y al día siguiente ya hacía cola sobre el Puente de la Amistad, de cuatro kilómetros, que unía dos países aturcados dispuestos a arrancarse mutuamente los ojos en cualquier momento.

Recogíamos las botellas vacías y volvíamos al trabajo. Examinábamos otra vez una por una las prendas que quedaban. Cuantas más tiráramos, mejor. Gracias a ello teníamos la ilusión de estar empezando de nuevo, de que ahora las cosas saldrían de otra manera y los trapos se convertirían en oro.

Un día que teníamos casi vacía la furgoneta y yo me había puesto a comprobar el aceite, los líquidos, las luces, la dirección y la suspensión, mientras me preguntaba cuánto tardaría en descuajaringarse aquella cafetera, él dijo:

—¿Recuerdas que antes no había nada usado? Quiero decir, que casi no se podía comprar nada usado.

—Sí—contesté—. Lo recuerdo.

—¿Ves? Todo funcionaba hasta el final o luego se reciclaba para otros usos.

—De un abrigo viejo sacabas trapos para encerar.

—Las carrocerías viejas se convertían en gallineros.

—Con los neumáticos viejos se hacían maceteros.

—Los autobuses se los llevaba la gente para montar un cenador en el jardín.

—La ropa de los mayores la heredaban los pequeños.

Así fuimos echando la cuenta. Las amas de casa guardaban los paquetes de azúcar vacíos y las bolsitas de plástico de la leche. Las cosas duraban hasta el fin, sin cambiar de dueño; o cambiaban de función y comenzaban una nueva vida.

—Pero lo de ahora también se acabará—dijo—. Estamos en un período de transición. —Dio un puntapié a un neumático de la Ducato—. Llegará un momento en el que no podrás hacer nada con algo así. Sabrás de antemano cuándo, después de cuántos kilómetros, se te descuajaringará. Sabrás la hora y la fecha, y no podrás hacer nada más que contar los kilómetros. A los cien o doscientos mil se le caerán las ruedas, se gripará el motor y la chapa se llenará de agujeros como un colador. Por supuesto que habrá versiones más caras y más baratas, para más y para menos kilómetros, pero siempre desechables. Como la mierda china esa que ahora tienes que comprar en todas partes, porque no hay elección. Se jode a la semana o al mes, porque el chinito tiene que tener trabajo, mil millones de chinitos tienen que currar como tales, tienen que estar ocupados, no vayan a rebelarse.

Así decía y luego meneaba la cabeza como si le sorprendieran sus propios pensamientos. Puede que realmente le vinieran de fuera, de lejos, del cielo, del futuro, y él no hiciera más que expresarlos, ensimismado en la visión que le había sido revelada. Sonreía incrédulo, como si no acabara de confiar en sus propias palabras. Para volver al presente, echaba mano a la guantera y se tomaba el trago de rigor. Al rato recuperaba la esperanza de que, a pesar de todo, el apocalipsis no llegaría ese día ni el siguiente, y nos daría tiempo a cargar nueva mercancía y hacer otro viaje. Yo estaba seguro de que siempre llevaba el itinerario planeado de antemano. Solo por cuestión de principios me preguntaba si a tal sitio o a tal otro, a no ser que me pareciera mejor un tercero. Dios mío, me daba la impresión de que había recorrido todo el continente al este del Elba y se lo había aprendido de memoria. Nunca llevaba mapa.

Aquella ciudad me deprimía, pero sabía que no encontraría otra mejor. Miraba a los taxistas que pasaban los días enteros en la plaza mayor y, en el fondo, me sentía un tipo con suerte. Jamás vi a ninguno arrancar con un cliente a bordo. Se tiraban horas de palique, después se metían cada uno en su coche a leer el periódico y hacer crucigramas: río de Europa, tres letras, la primera la «r», la última la «n», y luego volvían a juntarse para parlotear sobre cuánto consumía cada coche en carretera y cuánto en ciudad, y que si los judíos habían comprado los yacimientos petrolíferos árabes y ahora iban por el gas ruso, así que en uno o dos años ya nada compensaría, no compensaría ni aquella espera entre el sol y el polvo, y ya nunca nada, por los siglos de los siglos, amén. Era el estribillo de aquella ciudad: «No compensa». No habían probado otra cosa que esperar allí parados, porque no les habría compensado. Sí, ese miedo pueblerino a quedar en ridículo, a que te den por el culo, a que la realidad te la meta doblada, flotaba sobre la ciudad como una niebla. Sólo la inmovilidad y la espera daban sensación de seguridad. Plantados junto a sus coches, les daban palmaditas en el techo y abrían la puerta para ventilar los pedos. Eran mi consuelo. Miraban con desprecio mi Ducato oxidada cuando pasaba, con mucho cuidado, junto a sus relucientes Mercedes traídos del Reich, con los que en cinco años habían hecho cinco mil kilómetros. Me deslizaba con aquel trasto macarrónico mío, que no conocía el estropajo, casi rozando las ancas fardonas y resplandecientes de la chatarra germana, mientras buscaba con la mirada a mi socio frente al estanco de la esquina, donde so-liamo quedar. Allí tenían los cigarrillos más baratos de la ciudad y allí se aprovisionaba. Yo aminoraba la marcha y él subía de un salto, se desplomaba sobre el respaldo, tomaba aliento y preguntaba:

—¿Has repostado?

—A medias—le contestaba—. No me daba para más.

—¿O sea?

—Pues para unos cuatrocientos kilómetros, porque no llega a la mitad.

—Hoy en Máriafalva celebran una gran romería.

—¿En dónde?

—A unos ciento cincuenta de aquí, pero la fiesta en realidad empieza por la tarde.

—Pues qué quieres que te diga—repuse.

—Ya verás cómo compensa. Bajan de los pueblos de la zona, y nosotros tenemos varias cazadoras de cuero y un par de chaquetas de piel. No falla. Podemos llevar también golosinas y despacharlas en Eslovaquia, donde aún se les puede sacar beneficio, y a la vuelta traemos algo de cerveza y saldremos ganando. —Tanteó el bolsillo de la chaqueta—. Tengo algo para arrancar.

Salí de la plaza mayor y tiré cuesta abajo, hacia el puente. Eran casi las diez. Ante la tienda de la esquina estaban los mismos tipos de siempre. Los veía a todas horas. Estaban allí plantados incluso por la noche, aunque la tienda estaba cerrada y alrededor no había ni un alma caritativa que les diera una moneda. Eran dos o tres y se pasaban un cigarrillo. El delirium les hacía salir de sus casas, si es que tenían casa, y necesitaban hablar para no oír todas aquellas voces que en la oscuridad les incitaban al mal. Wladek les saludó con la mano. Luego me mandó poner rumbo a la vía muerta y las barracas donde funcionaban los mayoristas. Allí compré golosinas, pastas rellenas, galletas redondas espolvoreadas con azúcar, caramelos y una docena de tabletas de chocolate relleno. En la misma bolsa metió dos botellas de agua mineral helada y lo envolvió todo con trapos.

—A ver si no se derrite—dijo.

Porque hacía calor. Llevábamos las ventanillas bajadas. El verano tocaba a su fin. No ganábamos nada. Nos pasábamos el tiempo viajando, porque siempre es mejor que quedarse sentado mirando llegar los coches a la gasolinera. La furgoneta sacaba fuerzas de flaqueza. Yo rezaba para que aguantara hasta el invierno, para que no se estropeará hasta finales de noviembre, porque entonces podría venderla y tendría con qué subsistir hasta la primavera. Lo que ganábamos nos daba para el carburante y para una borrachera tranquila a la semana. Pero estábamos en movimiento. Yo iba atento a los ruidos del motor, esperando a que en cualquier momento se partiera el pasador de la biela, se desgastaran los cojinetes, se abombara la junta de la culata o se encendiera el piloto de la presión del aceite para no apagarse más. Pero no pasaba nada, salvo que cada vez consumía y contaminaba más. Se avecinaba una agonía larga y costosa.

Dejamos atrás Zlobiska. En la plaza mayor vacía había un gran todoterreno. Estaba tan embarrado que no pude identificar la marca. En torno a él rondaban dos mozalbetes que parecían sacados de una película:

pantacas de lona verde con decenas de bolsillos, botas militares con cordones hasta media pantorrilla, gafas de espejo y gorros como de Vietnam o de Irak, en cualquier caso tenían aspecto de refinados catadores de aventuras extremas de fin de semana. Y también estaban embadurnados de barro y satisfechos, y sólo la falta de público debía de fastidiarles un poco, porque Zlobiska, según su costumbre, los observaba desde detrás de los visillos. Llegó trotando un chucho y les meó una rueda. Fue todo lo que vi en diez segundos.

Eramos los únicos que teníamos esa mercancía. El resto vendía ropa nueva. Basura china. Tirada sobre un plástico puesto directamente en la tierra. El viento soplaba llenándolo todo de arena. A espaldas del pueblo empezaba una llanura agostada. Las imitaciones chinas, calentadas por el sol, apestaban a caucho y a pegamento. Estaban amontonadas en pilas de diez o quince pares y quien quisiera algo tenía que buscar su talla solito. Pero no había interesados. Los vendedores, de pie con los brazos cruzados, parecían indios pensativos. Las chaquetas se mecían en sus perchas. Dios mío, si hasta seguían teniendo camastros plegables sobre los que colocaban, como antiguamente, lo que no se podía tirar en la tierra. Por ejemplo, los jerséis y los chán-dales. Pero nosotros éramos los únicos que teníamos la ge-nuina y distinguida bazofia Paris-London-New York, los verdaderos reyes de la ful. Había un tiovivo dando vueltas y también tenían salami y vino Tokaji, y literatura religiosa bajo un toldo de lona, y chucherías en vitrinas con ruedas de bicicleta, y gallitos de arcilla, y rojas ristras de pimientos, y helados, y tiro al blanco, pero sólo nosotros teníamos cazadoras de piel negra en las que aún persistía un olor de perfume a cien dólares el frasco.

En el aparcamiento los autobuses se hundían en la arena. A la sombra había grupos de gente sentada comiendo huevos duros. Más allá se extendían largas filas de coches y, al final, formando un rebaño separado, diez o quince viejos Dacias. Eran tan viejos que no se adivinaba su color.

—Maramure—dijo—. ¿Ves las matrículas?

En las placas se veían las letras SM.

—Satu Mare, tío. Estuve allí como dos veces. No hay nada. La ciudad se acaba enseguida y hay que tener cuidado con los burros y los carneros.

—¿Qué hacías por allí?

—Nada. Iba de paso.

Nos pusimos al final de todo, o en realidad a medio camino. Ya no entre los tenderetes, pero todavía no en pleno campo, sino en el aparcamiento, tras nuestras parientes pobres de marca Renault. La última de la fila tenía desinflada una rueda delantera. Sacamos de atrás unas tablas, montamos el mostrador, pusimos encima las cajas de prendas sueltas y al lado un perchero con cinco chaquetas de suave piel negra. El viento traía arena y todos se frotaban los ojos. Habíamos hecho más de cien kilómetros para vender basura. Nadie nos miró siquiera. A lo lejos se oían cánticos de monjes. Allí se reunían todos: católicos, unitas, ortodoxos y calvinistas. Una vez al año. Unos llegaban en coche; otros venían a pie, campo a través, desde los pueblos vecinos; había quienes se desplazaban desde los Cárpatos o desde la Gran Llanura. Tras ellos acudían todos aquellos buitres con sus puestos y también nosotros.

De modo que nadie quería nada de nosotros. El viento arrancaba pedacitos de papel ardiendo de nuestros cigarrillos. Entonces aparecieron ellos. Aparecieron entre las barracas y los tenderetes, caminando lentamente por el descampado arenoso y lanzando ojeadas a ambos lados. Primero los hombres, y detrás las mujeres. Los hombres iban de negro. Llevaban cadenas de plata al pecho, botas vaqueras con refuerzos plateados y rígidos sombreros negros de ala ancha. Cuatro hombres y cinco mujeres de tez oscura y párpados pesados y soñolientos. Sin mirar alrededor, lo veían todo: la cautela circulaba por sus venas a partes iguales con la sangre. Andaban como a cámara lenta, como ahorrando fuerzas. En las botas vaqueras se posaba el polvo de la Llanura. Los zapatos de charol de las mujeres habían perdido por completo el brillo. Se hundían en la arena. Pero ellas, pelinegras, erguidas e indiferentes, eran de otro mundo. Caminaban como en un sueño vigilante.

Lo compraron todo. Todo lo de piel negra. Lo cogían, lo extendían, les preguntaban a las mujeres y ellas asentían con la cabeza. «*Zece miiforint prea unu*», decía Wladek, y entonces ellos proponían su precio y se armaba un follón, porque de pronto la somnolencia desaparecía y los números los devolvían a la realidad. Los hombres sacaban fajos de billetes, las mujeres se acercaban, manoseaban la mercancía, ponían cara de asco y meneaban la cabeza. «*Zece mii*», «*Nu zece mii*», «¿Cómo que no *zece mii*, coño? ¡Si están casi sin estrenar, y ahí en vuestra Draculandia jamás habéis visto nada mejor! ¡En mi tierra esto cuesta por lo menos *douázeci mii*! ¿Entendéis, hermanos y hermanas?». Empezó a quitarles las pieles negras, se las



arrancaba de las manos sin más y las amontonaba, dándoles a entender que se fueran a la mierda. Ellos tiraban en su dirección, blandían billetes azules de mil forintos, formaban fajos, escupían en ellos, les daban palmaditas, y parecía que estuvieran a punto de liarse todos a guantazos. Se gritaban en dos o tres lenguas e intercambiaban sumas que yo ya no era capaz de descifrar, hasta que debió de empezarles a faltar el aliento, porque se quedaron callados y desfallecidos como si se hubieran peleado de verdad. Wladek lanzó sobre las tablas una brazada negra y uno de los otros, por lo visto el mandamás, recaudó el dinero entre los demás y puso el fajo junto a las pieles. Wladek lo contó en un abrir y cerrar de ojos, puso cara de resignación y dijo: «*Bine*. Que os aprovechen y no os las quitéis ni para dormir». El gerifalte y él se estrecharon la mano y los demás cayeron nuevamente en su somnolencia. Nos miraron desde lejos, desde debajo de sus pesados párpados, desde otro mundo, y se fueron lentamente.

Y él sacudió la cabeza, se sirvió un chupito y empezamos a recoger. Nos habían dejado cuarenta y dos mil en billetes azules. Guardamos las cajas de prendas sueltas y desmontamos el puesto. Los del cutrerío chino seguían plantados sin moverse.

Cerré el portón trasero y estábamos listos.

—Antiguamente, con esta pasta habría comprado blusi-tas negras brillantes con bordados dorados y habría tirado hacia casa pasando por Záhony y Chop.

—¿Por Ucrania?

—Sí. Es decir, por la Unión Sofétida, por Transcarpacia, ¡Diosmío! Los años ochenta... Aquellas blusas, tío... Dabas un rodeo para pasar por poblachos tipo Strumkivka, Dubrynychy, Velykyi Bereznyi, por las montañas, por las aldeas que bordeaban una frontera y otra, porque eran más tranquilas y había menos policía, y solo en Uzhok, antes y después del desfiladero, había garitas, barreras, sus guardafronteras veían nuestra patria desde lo alto, porque desde allí, cuando hace bueno, la visibilidad alcanza cien kilómetros, se aburrían y no estaban tan podridos como el resto de los maderos, porque al fin y al cabo la soledad y el contacto con la belleza del paisaje hacían lo suyo. Y aunque había que tener no sé qué papelorios y permisos, hacían la vista gorda. Por una o dos blusas de aquéllas, ¿entiendes? La Rutenia transcarpática andaba enloquecida por aquel entonces. Parabas, por ejemplo, en Rozluch y ni siquiera tenías que sacar ni enseñar nada, no, bastaba con que se viera algo por el cristal y ya aparecía

una tía, luego otra, viejas, jóvenes, y ya tenías a todo el Rozluch femenino rodeando la furgó. No había más que bazofia, pura ful de Estambul, para mí que *made in India*, y a los tres lavados aquellas creaciones no valían ni para sonarse los mocos... Pero el hilo dorado, el hilo dorado en medio de un koljós... Lo que en Hungría comprabas a granel, al otro lado podías venderlo por cinco o siete veces más. Sí... Dos o tres viajes, no me acuerdo, y nadie nos tocó un pelo. En el ochenta y ocho, me parece...

Se ralentizó, como si su propia memoria lo refrenase. Miraba la plaza polvorienta, los tenderetes, los coches hundidos en la arena, pero parecía no ver todo aquello. El viento soplaba de la planicie. Cada vez más fuerte. Del pueblo llegaba un tañer de campanas. Los monjes habían cesado de cantar. Un sol rojo bajaba rodando hacia el oeste. Las sombras eran ya largas y negras. Olía a humo de leña y a abono. Entonces la vi.

Se acercaba, enorme, negra, conduciendo a sus crías. La gente, al percatarse de su presencia, se quedó petrificada, y luego empezó a abrirle paso. Nunca había visto una tan grande. Caminaba con el hocico pegado al suelo, olfateando. De vez en cuando se paraba, levantaba la cabeza y olisqueaba el viento cual perro de caza. Conducía a seis lechon-cillos, que correteaban con el hocico a ras de tierra, se separaban y se volvían a juntar, inquietos y sebosos. Irrumpieron en la explanada de las baratijas chinas. La vieja seguía el pasillo principal entre los puestos. Los cochinitos, no más grandes que perros medianos, se comportaban como niños, comprobando cuánto les estaba permitido. La madre daba chillidos, parece ser que tenían permiso para alejarse mientras estuvieran al alcance del chillido maternal. Olfateaban las pilas de imitaciones. Metían el hocico entre los montones de vaqueros y chaquetas. Gruñían y roncaban con sus agudas voces infantiles. Los de las baratijas permanecían inmóviles y miraban cada vez más alarmados. Eran tres hombres y una mujer. Más bien vietnamitas que chinos. A ver quién los distingue. Pero hubo una época en la que solía ver a muchos de unos y de otros, y los vietnamitas tenían rasgos más delicados. En cualquier caso, se parecían más a los blancos que los chinos. Pero igual me equivoco. Permanecían inmóviles y miraban. Habían llegado al oeste, al extremo de la Gran Llanura Húngara, provenientes del este, al igual que los húngaros mil años antes. Los unos necesitaban pasto para sus caballos; los otros, mercados donde dar salida a los excedentes de la confección (con perdón) china. Un lechón agarró con el hocico una chaqueta de un montón

y se puso a arrastrarla por la tierra. Uno de sus hermanos o hermanas se unió inmediatamente al juego. A treinta metros oí el sonido de la tela al rasgarse. Entonces uno de los vendedores arremetió contra los animales y empezó a repartir puntapiés entre los hermanos cer-diles. Llevaba una cazadora azul grisácea igual a la destrozada, vaqueros y zapatillas de deporte blancas. Los cerdi-tos empezaron a desgañitarse en gemidos lechoniles. Un chillido agudo y penetrante se elevó sobre la plaza. Entonces la madre se puso en marcha. La vi por el rabillo del ojo. Apartó de un empujón a dos o tres mirones y, como una pequeña locomotora en caliente, tomó carrerilla. A medida que se acercaba al objetivo, más largos eran sus pasos. Por fin se despegó de la tierra y derribó al vietnamita. Cayeron varios metros más allá. El hombre quedó inmovilizado bajo el corpachón negro. Desapareció. Solo se veían los tenis blancos pequineses. Lanzaron una o dos coces, arañaron la tierra con los talones y dejaron de moverse. La cerda lo había incrustado en la tierra y le había desgarrado la garganta. Ahora bebía de allí a lengüetazos y se relamía. Acudieron los puerquitos y formaron un círculo compacto. Ya no se veían ni los tenis. Nosotros, los mirones, también formábamos un corro amplio que poco a poco se estrechaba. Se oía a las bestias lamer, relamerse, produciendo un chapoteo suave y cálido, y de pronto una mujer, una de ellos, empezó a aullar con una voz que ninguno de los presentes había oído antes. Echó a andar en dirección a la familia porcina con los puños apretados contra las orejas, mientras su voz se elevaba más y más; una voz de esas que, según dicen, hacen estallar el cristal.

La cerda levantó el hocico embadurnado. La mujer seguía avanzando y aullando. La bestia se apartó dos pasos del hombre y empezó a observarla. Retrocedió, tensó los músculos y estaba claro que no tenía miedo de nada. Y todos nosotros habíamos perdido el aliento de puro pavor. Deseábamos que volviera a lo que había comenzado y dejara de mirar a su alrededor. Veinte, tal vez treinta vendedores y casi otras tantas vendedoras pensaban: tú come, zámplate al amarillo y a nosotros déjanos en paz.

Pero ella no se decidía. Miraba a la mujer menuda de los puños contra las sienes y daba pasitos hacia atrás, como preparándose para otro salto. Por fin se puso en marcha y empezó a acelerar como si ejemplificase algún teorema cinético. Los demás estábamos a quince metros. Y entonces se oyó un silbido. Largo, penetrante, como si te hubieran traspasado con un hilo los dos oídos. Clavó las pezuñas en la arena y se detuvo. El que silbaba era el

mandamás al que Wladek le había dado la mano. El animal volvió la cabeza, miró una vez más a la mujer y a continuación dio media vuelta y emprendió el regreso, marchándose por donde había venido.

El hombre esperaba a cierta distancia, con su traje negro y su sombrero. Seguía con la vista a la familia porcina. Con la mano a modo de visera escudriñaba la llanura a contraluz.

Íbamos en silencio. Yo conducía lo más rápido que podía. Nos habíamos largado inmediatamente. Por miedo a los maderos. No teníamos ganas de interrogatorios. Con la rueda izquierda iba pisando la línea central. Podríamos considerarlo una huida. Seguro que algunos seguían allí de pie con la vista clavada en la oscuridad. En Nyíregyhá-za nos perdimos, pero Wladek farfulló que nada de dar la vuelta para buscar el camino, que por allí también llegaríamos, aunque tardásemos un poco más. La carretera se estrechó. Casi todos los indicadores empezaban por *Tisza Tisza-tal*, *Tisza-cual*. Por la ventanilla entreabierta se colaba un aire sofocante. Apestaba a ciénaga. Se olía el río. Pasamos un puente. Llegamos a Tokaj, pero rodeamos el centro. Por todos lados había barriles pintados de negro y letreros y anuncios: *bor, vine, Wein, vigne, wino*, y así sucesivamente, hasta el árabe y el japonés, por qué no. Las terrazas de los bares estaban llenas de gente sentada bajo sombrillas. Los vi levantar los vasos para brindar. A sesenta kilómetros de allí una cerda negra había degollado a una persona, y ellos tan tranquilos tomando vino blanco. En todas partes los arceles estaban llenos de autocares y coches. Entramos en un viaducto. Abajo zumbaba la autopista. Pero enseguida se acabó todo. El ruido, el movimiento y las luces. La carretera se llenó de baches. Contra el fondo del cielo, todavía un tono más claro que la noche, se dibujaban siluetas de montañas. Atravesamos un pueblo. Unas cuantas luces amarillearon en la oscuridad y se apagaron. Puse las largas. La carretera ascendía serpenteando suavemente a través de un bosque. Reduje a tercera y eché un ojo al indicador de temperatura.

—No vinimos por aquí—dije.

—No. Pero da lo mismo—contestó—. Veinte kilómetros de montañas, un trecho llano, y ya Eslovaquia.

Encendió un cigarrillo y echó mano a la guantera. Empezaron las curvas cerradas y tuve que meter segunda. Al borde de la carretera se extinguía una hoguera.

—Leñadores, seguramente—dijo. Se tomó su lingotazo de rigor, cerró la botella y la devolvió a su sitio—. En mi vida había visto nada igual.

—¿El qué?

—Que una cerda mate a un hombre. Era una mangalica.

—¿Una qué?—pregunté, porque no estaba seguro.

—Una mangalica. La cerda. Es una raza. Tiene una capa gruesa de tocino. A menudo los dejan sueltos para que pazcan a su aire. Van a donde les da la gana, en manadas enteras. Viví una temporada en un pueblo de Hungría. Se acercaban hasta la ventana, hozaban en busca de comida, pero no le hacían daño a nadie. Tenían unas orejas enormes. Como elefantes.

—¿Qué vendías en un pueblo húngaro?—pregunté.

—Nada. Sólo vivía allí. Vendía café austríaco en Rumania. Ya te lo contaré otro día. No consigo dejar de pensar en la cerda. No voy a poder dormir.

Llegamos al filo de la medianoche. Nos habíamos olvidado de las golosinas. Sacó la bolsa de plástico, la examinó a la luz de una farola y meneó la cabeza. Lo vi alejarse, algo encorvado, por la acera vacía. Iba al encuentro de su destino y de una noche insomne en su piso de la cuarta planta.

Pronto nevará y todo se volverá más negro. El río, el asfalto, los árboles y los arrabales con sus casetas de perro y su desbarajuste. El aire huele a frío y a humo de carbón. Mañana o pasado nevará. Por la noche. Por la mañana todo estará en silencio como si algo hubiera cambiado o fuera a comenzar desde el principio. Nieve en las ramas, en las barandillas, en las vallas. Las angulosas superficies blancas de los tejados y el humo de las chimeneas. En la quietud de la mañana se oirá el ruido de las palas contra la acera. Entonces me quedaré en la cama escuchando. Por la ventana veré el manzano asilvestrado cubierto de plumón blanco. Así permaneceré un rato. Luego la nieve se derretirá y caerá, y empezará a oírse el estruendo del puente.

Pero eso será dentro de unos días. Ahora el cielo está gris y la temperatura ronda los cero grados.

Esta mañana fui al centro. He hecho un comedero para pájaros y quería comprar pipas de girasol. Las venden en la tienda de animales. Qué sitio tan raro. Das tres pasos y, en vez de la calle fría y gris, tienes una imitación del trópico con su calor y su hedor. En las jaulas alborotan loros. En los acuarios verdosos nadan de aquí para allá peces exóticos. Reina la penumbra. Los compradores no son exóticos. Hablan en voz baja. Como intimidados por la atmósfera subtropical. Las viejas compran comida para loros y gatos. Los chavales, accesorios para acuarios. Los peces se venden en bolsas de plástico llenas de agua. A veces alguien se lleva algo contra las pulgas, serrín para el hámster o un collar de perro. Pero de algún modo todos parecen solitarios y silenciosos. Tienen la cara tranquila y triste y recuerda a la sala de espera de un médico o al hospital cuando muere un allegado.

Compré las pipas y salí. Entonces me di cuenta de que la tienda lleva en el mismo sitio desde que me acuerdo. El día que vine a vivir aquí ya estaba. Lo demás ha ido cambiando. Constantemente surgía algo para desvanecerse enseguida. Tiendas, bares y laboratorios fotográficos han aparecido y desaparecido sin dejar rastro. Unos se transformaban en los otros, pero sobre todos ellos flotaba un aura de derrota. En el bar de ensaladas ahora vendían pantalones. Existió cosa de un mes y nunca vi que entrase nadie. Había un chico y una chica sentados mirando por la ventana, pero nunca

acudió nadie, de modo que lo cerraron tan silenciosamente como lo habían abierto. Ahora allí había pantalones y por la misma ventana miraba una chica rubia. Contemplaba la estrecha callejuela por la que no pasaba nadie. Aparecían nuevos establecimientos, pero eran innecesarios. A veces me daba por pensar en las personas que emprendían todo aquello. Se levantaban por la mañana, tenían fuerza y valor, y luego se quedaban observando cómo lo que habían realizado se desmoronaba. Y volvían a empezar todo desde el principio. Como si fueran tontos o heroicos. En cualquier caso, indestructibles. Los admiraba. Abrían bares y contemplaban las mesas vacías. Ponían tiendas, llegaban al amanecer y se quedaban mirando la nada. Solo subsistía aquel almacén de serrín, comida para gatos, huesos de goma y polvos contra las pulgas.

No me apetecía volver, así que di un rodeo por la ciudad. A veces alguien me saludaba. Le devolvía el saludo con la cabeza y seguía andando. No tenía nada que decir. Era mediodía, pero parecía el anochecer. Un noviembre eterno flotaba sobre los tejados. Salí de la zona urbanizada. Al pie de una pequeña escarpa se extendía una explanada fangosa. Allí se instalaban los vendedores ambulantes. Una vez al año plantaba su carpa el circo Transilvania, y dos veces al año montaban un parque de atracciones eslovaco. La gente decía que siempre había sido así. Desde que recordaban. En aquel retazo de tierra de nadie siempre habían acampado extraños. A principios del otoño venían los camiones besarabios cargados de sandías. Colgaban sus arcaicas balanzas de muelle en el único árbol que crecía en la plaza. Vendían un poco y seguían su camino, hacia el oeste y hacia el norte. Recuerdo a los ucranianos que vendían quincalla, herramientas, papel de lija y pistolas de plástico. También vendían alcohol rectificado. Lo traían en garrafas, lo diluían con agua del río y lo embotellaban. Aquel vodka fluvial era más barato que el más barato de los vinos. Un día mataron a uno de ellos. Uno que vendía alfombras, cristales de roca y chicas jóvenes. Vi su coche. Era difícil adivinar la marca, porque lo sepultaban las alfombras y los cristales. Tal vez un Mercedes, tal vez todavía un Volga. Alguien se le acercó por detrás, le puso la pistola en la cabeza y disparó. Eso decía la gente. Oyeron el silbido de la bala al rebotar. No pillaron a nadie. Todos habían visto la muerte, pero nadie al asesino. Ni siquiera se sabe si lo buscaron. A fin de cuentas no era más que un ruso muerto a manos de otro ruso: eso decía la voz popular del mercadillo.

Los rumanos traían *halva*. En bloques de a kilo envueltos en papel grasiento que colocaban sobre periódicos. También tenían brandy balcánico dulzón en botellas marrones de medio litro. Y nada más. Permanecían de pie, solitarios, morenos y tristes. Podrían ser gitanos. Y debían de serlo. Los vi varias veces hasta que por fin desaparecieron tal y como habían aparecido: sin hacer ruido y sin dejar rastro. Los eché en falta.

Desde lo alto de la escarpa estuve mirando la explanada. Al otro lado, a lo lejos, se alzaba un conjunto de bloques grises de cuatro pisos. Allí vivía. A pesar de la distancia y de la escasa luz, distinguí su ventana. Me lo imaginé fumando en el balcón, mirando los neones de la feria. La montaban en primavera y en otoño. Unas cuantas caravanas formaban un semicírculo en cuyo centro plantaban las atracciones. La noria, el tiovivo, la montaña rusa, el barco vikingo, los inmortales coches de choque y se acabó. De día aquello parecía una fábrica bombardeada o un gigantesco paraguas roto. Al anochecer encendían las luces y la maraña de hojalata, hierros y tubos oxidados se convertía en un espejismo multicolor. Llegaba la chiquillería y levantaba la cabeza para seguir los círculos ígneos que trazaba la noria. Llegaban los rapados y no sabían muy bien cómo comportarse en aquel escenario insólito. Así que se paseaban por el barro y, por si acaso, maldecían en voz alta. Pero se mantenían formando una piña. Los maquinistas eslovacos que ponían en marcha los cacharros parecían marineros que hubieran dado varias veces la vuelta al mundo y ya no temieran nada. Tenían los brazos tatuados y la cara inmóvil. Encendían el tiovivo para dos o tres mozuelas estridentes, y fumaban mirando al infinito. Un viaje duraba más o menos medio cigarrillo. Eran tres: el más grande, el mediano y el pequeño. Llevaban pantalones de chándal y camiseta interior. Wladek los conocía. Decía que eran hermanos. Al pasar por la explanada los saludaba uno por uno. Intercambiaban unas cuantas palabras, *ahoj*, qué tal, tirando, *maj set dobre*, y ya está. A veces les vendía cigarrillos baratos de allende la frontera ucraniana, para que tuvieran qué fumar mientras estaban parados o esperaban a que se juntara su joven clientela.

Iba a ver a Eva.

Eva, metida en una estrecha caseta amarilla, vendía las fichas para las atracciones. Su figura en la ventanita rectangular recordaba un cuadro bello e ingenuo. Parecía un poco una santa, una santa soñolienta, una santa recién despertada. No habría sabido adivinar su edad y tampoco se la pregunté nunca a Wladek. Aunque es muy posible que él tampoco lo supiera.



¿Veinticinco? ¿Treinta? ¿Treinta y cinco? En aquel entonces creo que ni me lo planteaba. Su rostro y su figura invalidaban tales preguntas, pues su vida se desarrollaba un poco fuera de la realidad, un poco al margen de la cotidianidad. Cuando lo veía llegar, le sonreía de lejos y se atusaba maquinalmente la melena negra. Si no había cola, y nunca la había, podían charlar y, efectivamente, lo intentaban. Pero su timidez, su delicadeza y su somnolencia hacían que la conversación se interrumpiera constantemente, se quedaba callada y terminaban sonriéndose sin más el uno al otro, separados por la estúpida ventanita de la taquilla con su estrecha repisa en la que él intentaba acodarse, pero era demasiado baja, de modo que acababa en una ridícula postura medio agachada. Se llamaba Eva y llevaba rebequillas ceñidas de colores. Apuesto la cabeza a que las encontraba en las tiendas de segunda mano. Verdes, amarillas, rojas, turquesas, todas chillonas, raídas y con las mangas estiradas.

Un día me dijo simplemente: «Quiero que veas a alguien... Digo, quiero que conozcas a alguien», se corrigió.

La feria se quedaba unas dos semanas. En primavera continuaba hacia el norte, mientras que a principios de otoño o todavía a finales de verano regresaba hacia el sur. Entonces atravesaban Eslovaquia y pasaban los últimos días cálidos en Erdóhát o en alguna parte entre Maramuref y Satu Mare. Por aquellos lares la gente no tenía demasiados pasatiempos ni demasiado dinero. Para dar una vuelta en el tiovivo o subir al cielo en la noria traían huevos, tocino ahumado, quesos salados y aguardiente de ciruela. Con la llegada de las primeras lluvias todo tocaba a su fin. Los hermanos uncían grandes tractores Zetor rojos a los remolques y las caravanas y se iban a hibernar.

Su presencia fugaz en la ciudad tenía algo de triste carnaval. El esplendor ficticio, la opulencia impostora y la suntuosidad falsificada iluminaban el cielo negro y sobre la explanada fangosa flotaba un resplandor. De noche era el lugar más luminoso de toda la ciudad. Los adultos también se detenían allí. Se quedaban al borde de la oscuridad, mirando. La ciudad se iba volviendo fantasma, se le escapaba la vida poco a poco, y de repente en sus confines brotaba un espejismo desvergonzado capaz de dotar de sentido a la provisio-nalidad, la quimera y la desidia. A lo mejor ni siquiera querían girar, volar y dar vueltas, pero les obsesionaba la idea de que, en cualquier momento, podían cerrarles el chiringuito, recoger

los bártulos e irse con la música a otra parte, dejándoles como recuerdo y consuelo aquella plaza embarrada.

Cuando aparecían ellos dejábamos de trabajar. Un descanso. Al menos entonces no teníamos pérdidas. Yo me ponía a hurgar en la furgoneta. Buscaba las partes oxidadas, las raspaba, las limpiaba, les daba masilla, las pulía y las pintaba con espray de color más o menos blanco. Probablemente si la hubiera dejado en la calle con las puertas abiertas y la llave en el contacto habría seguido allí hasta el día del juicio. Lo peor era lo de los neumáticos. Bajo la goma se traslucía la lona. Me daban miedo los maderos. En la ciudad y alrededores Wladek los conocía a todos, de modo que básicamente no nos molestaban. Bastaba con hacer aquel gesto lento y cansado a modo de saludo, y arre. Los conocía al igual que conocía la ciudad, pues formaba parte de ella. Pero una docena de kilómetros más allá ya no había tutía.

Yo miraba la gasolinera del otro lado del río, las decenas de coches de segunda mano, y pensaba en neumáticos usados. Todos los arrabales, todas las carreteras de salida de la ciudad estaban sembrados de ellos. La compañía Visegrád tenía su red de ventas. Sobre la tierra desnuda delimitada con malla de alambre se alzaban pilas de neumáticos. Los vendedores se guarecían en viejas *roulottes*. En invierno se calentaban con estufas de gas. En verano sacaban las sillas afuera, pues dentro no había quien aguantara el calor. Miraban pasar los coches y esperaban. Con un ojo miraban la carretera y con el otro sus televisorcillos portátiles. Algunos tenían suerte, porque dentro de su alambrada crecía un árbol y se sentaban a su sombra. A ellos Wladek también los conocía. A cambio de una botella nos daban juegos de neumáticos completamente gastados. Siempre me tocaba a mí ponerlos, lo cual a veces me llevaba el día entero. Nos alcanzaban para dos o tres mil kilómetros y quedaban inservibles. En realidad lo estaban desde el principio, pero fingíamos que nos esforzábamos y que no nos rendíamos.

Una vez al año venían grandes camiones, los cargaban con la peor basura y se la llevaban a saber dónde, para hacer sitio a una nueva remesa de morralla. Igual se la llevaban a los rusos, igual a África. Una parte, con toda certeza, iba a parar por la noche a los descampados que bordeaban la frontera. Después alguien les prendía fuego y desde las colinas que dominaban la ciudad se veían columnas de humo negro.

Sí, eso fue el verano que la cerda negra mató a aquel asiático.

Llegaron y tardaron tres días en armar su empresa de ocio. Al parecer venían nada menos que de Lituania. Eso dijo Markus, el más pequeño y más hablador de los maquinistas. Aparecieron pocos días después de nuestro regreso de Máriafalva. Pagaron a cinco o seis paisanos para que les ayudaran a montar los cacharros. Entonces los conductores se alejaron en sus Zetor rojos hasta perderse de vista y no volverían hasta pasadas dos semanas, una vez que la ciudad y la comarca entera se hubieran divertido a más no poder. Solo quedaron los tres tatuados, un jefe invisible y siempre ausente y, claro, ella.

No se separaba de ella ni un paso. Si me topaba con él era siempre en los alrededores de la explanada, siempre por la zona, como si velara por ella a distancia. Era fácil tomarlo por uno de los maquinistas. Les ayudaba. Fumaba con ellos. Bebían con moderación y discreción. Debía de tratarlos como se trata a unos hermanos que tienen una hermana a la cual te puedes acercar justamente gracias a ellos. Esperaba a que no hubiera nadie junto a la ventanilla y acudía a intercambiar unas palabras. Empezó a cuidarse. Se afeitaba con frecuencia. Dios mío, si hasta se echaba colonia. Llevaba pantalones planchados con raya, una camisa clara y una chaqueta más bien justita de hacía veinte años. Algo había ocurrido con el tiempo. Parecía como si para él estuviera empezando de nuevo. Encontró en el armario un traje viejo y se lo puso. Hacían una pareja estupenda. Cuando se acercaba a su ventanita y le hablaba, ella no paraba de sonreír, intentando mirar por encima de su cabeza. Parecían personajes de un cuadro de algún artista rústico o de un tapiz de cocina. Los sábados y los domingos, que venía más gente, a veces se ponía a la cola y le daba una sorpresa tipo: «Dos para la noria, por favor» o «Una para el tiovivo, si es tan amable». Entonces ella se hacía la sorprendida, pero al final le vendía las fichas y él las repartía entre los niños.

Por la noche todo queda vacío. Sopla un viento helado. Pasan chavales con la capucha puesta en busca de botín o de refugio. En manadas de dos o tres. Trotan como perros y enseguida desaparecen. Nadie sale a la calle. Cuando cae la oscuridad, en el aire se siente un olor a plástico quemado. La gente echa la basura en la estufa para ahorrar en la recogida. De las chimeneas sale un humo negro que se pierde en las tinieblas de la noche. Esta ciudad empezó a morir antes de mi llegada. Yo observaba su agonía y buscaba consuelo en ella. Contemplaba su descomposición y no tenía que pensar en mi propia vida. Casi todos los días veo a un anciano empujando un triciclo cuya parte trasera la compone un cesto de alambre. Nunca va por la acera. Siempre por el borde de la calzada. Los coches han de frenar para sortearlo. A veces se forma un pequeño atasco. Pero eso a él no le preocupa. Atraviesa los cruces a su ritmo, de acuerdo con las normas que él mismo ha establecido. Encorvado, arrastrando los pies, apoyado en el manillar, va recorriendo la ciudad y metiendo en el cesto de su triciclo cosas que encuentra en los contenedores. Trapos, cartones simplemente: cosas. Lo hace durante el día y por la tarde se encamina hacia los arrabales más lejanos. La carretera que lleva en esa dirección está llena de curvas y va cuesta arriba. Hace mucho que lo veo, años. Cada vez me propongo seguirlo, a pie o en coche, para ver dónde vive. Me imagino que a lo largo de todos estos años habrá acumulado cientos, miles, decenas de miles de cosas sin dueño. Y debe de haberlas colocado, ordenado, dispuesto de alguna manera. Su ritmo de vida tan regular, su determinación, su caminata cotidiana a unas horas concretas tenían algo de heroico. Por momentos me parecía que imprimía ritmo a la ciudad, que era una especie de péndulo. No exigía nada ni esperaba nada. Era realmente viejo. Nunca lo vi montado en su vehículo. Se apoyaba en él. No tenía fuerza. Me daba miedo que, el día que se muriese, la ciudad se desintegrara del todo.

Pero hoy he vuelto a verlo. Con sus botas de goma forradas de fieltro y su gorro con orejeras, empujaba su armatoste a través del puente. Por el cauce del río venía un viento helado. Poco antes del anochecer el cielo empezó a despejarse. Iba a helar. Empujaba su vehículo en dirección a los arrabales del este. Yo estaba al otro lado del puente. Acababa de salir de casa. Me apetecía tomar algo en un bar y había pensado en el Antaiek. Me

gustaba su tranquila desesperanza. Hombres sentados evocando el pasado. Nadie hablaba del futuro. Todo había ocurrido ya y los acontecimientos se habían agotado. Yo me quedaba escuchando. A veces no decían nada. No tenían adonde ir. Salían por la mañana y tenían que dejar pasar el día. Intentaban beberse el vodka que traían consigo, pero el barman andaba alerta y les gritaba que lo guardaran o se piraran. Hacia el anochecer los daba por imposibles. El también tenía una botella escondida en la trastienda. A ratos el televisor que colgaba del techo ahogaba los demás sonidos. A ratos daba la sensación de que todos estuviéramos actuando. Tan sólo estábamos un poco más sucios, más mugrientos y envejecidos. Pero se trataba del mismo programa, la misma desidia, la misma trampa sin salida. Allí, a plena luz y a la vista de toda la humanidad, palmaban idiotas repintadas y ocurrentes capullos, y aquí moríamos nosotros, teniendo como únicos testigos al barman y a nosotros mismos. Era un morir tranquilo. Sencillamente, la vida se iba evaporando poco a poco. A veces se sentaba alguien a mi mesa y me preguntaba:

—¿Qué hay, chófer? ¿Sigues con lo del transporte?

—Poco—contestaba—. No hay con qué.

—Justo, chófer, no hay con qué. No hay, y a joderse—suspiraba mi fugaz compañero y se iba.

Así que me gustaba aquel lugar porque nadie se te acoplaba. Me gustaba la resignación que impregnaba las ropas, los muebles y las paredes.

El los conocía a todos. Sabía sus nombres, sus fechas de nacimiento, sus historias y, al parecer, era capaz de predecir su fin, incluidas la forma y la fecha aproximada de su muerte.

—Tío, recuerdo los viejos tiempos y nací aquí—me dijo cierta noche, dos mesas más allá. Ya debía de hacer frío, porque el vaho se posaba en los cristales—. Lo he visto todo. El resto me lo han contado los que han visto más todavía. Y si no lo vieron, pues se lo inventaron, porque eso era aún mejor que la verdad. Antes la gente inventaba más y creía más en lo inventado. Podías sentarte y pasarte la noche entera contando patrañas sobre tu vida o la de cualquier otro y siempre tenías oyentes. Hoy en día todos quieren saber cómo fue en realidad, porque tienen miedo. ¿Entiendes? No creen en nada y quieren saber la verdad. Oséase, quién se la ha metido doblada. Nadie los previno. Pisoteados sin previo aviso. Primero todo era de mentirijillas y luego, de pronto, iba en serio. Los rusos se piraron y no vino nadie en su lugar. ¿Te das cuenta? Y ya no vendrá nadie. Al menos

hasta que lleguen los chinos. Y ellos nunca habían sabido vivir solos, no sabían elegir y habían perdido la costumbre de que se pudiera elegir mal. Ahora son como niños viejos y ya no van a aprender nada. Además, ¿qué habrían de aprender? ¿Que ya se pueden ir al carajo? ¿Que en realidad son ellos los parias de la Tierra, pero que les toca irse a tomar por culo o estarse calladitos, porque ya nadie va a cantar canciones sobre ellos? Quién querría aprender algo así... Aparte, que aquí eso se sabe, se siente, se lleva en la sangre. Sólo a veces, sabes, surge una especie de fe o de esperanza de que quizá tal vez algo, tal vez alguien... De que un truco del almendruco, de que, entiendes, una feliz casualidad, de que en vez del ruso aparezca otro un poco diferente, un ruso un poco mejor; porque, ya que aquel tuvo que irse, en su lugar deberían haber mandado a otro nuevo...

Se avecinaba el otoño y las ventanas estaban empañadas. Hablaba alto, sin importarle lo más mínimo que pudieran oírle. Todo estaba apenas comenzando. No le había preguntado, pero se ve que quería hablarme de la ciudad, quería compartir lo que sabía, un conocimiento que allí no le hacía falta a nadie, pues todos lo habían aprendido de un modo u otro, sin siquiera darse cuenta. Simplemente lo sabían, pero no les servía de nada. El, en cambio, procuraba aprovecharlo. Por otra parte, aunque no supiera nada, poco habría cambiado. En cierto sentido él era la negación de esta ciudad. La sal de la tierra autóctona, carne de su carne y sangre de su sangre, pero en el fondo un traidor. Se hallaba poseído por el movimiento, el cambio y la huida. Estaba sentado en aquel bar, igual de gris y de cansado que los demás, pero dispuesto a salir en cualquier momento y tomar el rumbo que fuera preciso. Hacia el sur, hacia el este, hacia el norte, con la esperanza de volver cambiado, de volver liberado de la joroba de esta ciudad, de volver hecho un as del ramo del comercio y el trueque: saciado, cargado, rico y tranquilo. Pero nunca lo consiguió. Regresaba azuzado por la inquietud, regresaba para tomar aliento y sentir la tristeza, la tranquila desesperanza que le daba fuerzas y volvía a ponerlo en camino.

Sí, debió de ser a finales de otoño, o puede que estuviera empezando ya el invierno. Y yo había venido a parar aquí unos años antes a principios de la primavera. El vaho se condensaba en los cristales.

—Nadie les manda levantarse por la mañana, nadie les manda acostarse —decía, sin importarle en absoluto que lo escucharan.

A veces alguien se acercaba a darle la mano, pero nadie se sentaba. Los conocía a todos, pero aquellas relaciones, con el paso del tiempo, se habían vuelto muertas. Se les había escapado la vida y habían quedado los gestos.

Ahora era igual. Otra vez empezaba el invierno y otra vez se acercaban tíos a saludar y enseguida se iban. Se habían acostumbrado a mí. Puede que estuviera allí sustituyéndolo, que me hubiera convertido en su sombra.

Aquel verano fue largo. No había modo de que se acabara. Se iba transformando imperceptiblemente en otoño, pero seguía haciendo calor. Un calor que llenaba los callejones de la ciudad y velaba con una bruma violácea la cresta de las montañas del sur. El río estaba bajo. Se podía cruzar al otro lado saltando de piedra en piedra. Me pasaba los días a la sombra, mirando la otra orilla, la gasolinera. A veces me parecía oler el tufo de la gasolina. Los edificios, los surtidores y los coches vibraban en el aire caldeado como espejismos. Me sentaba a fumar en un viejo asiento de coche. A mediodía abría la primera lata de cerveza. A veces no lo hacía hasta la una o las dos. Supongo que estaba esperándolo, esperando a que se presentara con alguna idea: que me propusiera coger la furgoneta y tirar hacia allí o hacia allá, a vender algo, o al menos a intentarlo. Pero él no aparecía. Aquella romería húngara había sido el último lugar en el que habíamos ganado algo. De modo que esperaba hasta el mediodía o un poco más y por fin abría una cerveza. Cuando llegué aquí, hace ya tiempo, tenía algunos ahorros y aquel verano me los estaba terminando de comer y de beber. Fumaba cigarrillos baratos y tomaba cerveza barata del supermercado. A veces me proponía no fumar, pero aguantaba como mucho tres horas. Intentaba no pasar de las cuatro o cinco cervezas. Me había planteado agenciarme una tele. Podía comprar una de segunda mano. Al precio de diez cajetillas de tabaco. Pero era demasiado difícil, demasiado complicado. Prefería mirar la gasolinera. Permanecía allí hasta entrada la noche. Con eso me bastaba. A veces me quedaba adormilado y me parecía que todo era un sueño. Las luces, la música retumbante, los cláxones, los gritos, el ruido de las botellas al romperse, el rugido de los motores y el chirrido de los neumáticos al arrancar, el carrusel de coches yendo y viniendo, el olor a goma chamuscada y el caos. Pensaba que se trataba de un sueño; que en el revestimiento oscuro e inerte de la ciudad alguien había quemado un agujero y allí, en aquel espacio llameante y hediondo, ocurría todo aquello, aquel lúgubre carnaval de los automóviles dando vueltas en

redondo, las maldiciones y los gritos. Los sábados por la noche desde mi orilla se veían los techos de veinte o treinta coches. A cada instante arrancaba alguno, llegaba otro y otro más, pero luego resultaba que eran todo el tiempo los mismos. Hacían una ronda por la ciudad y se quedaban quietos un rato, descansando, jadeando como perros, y vuelta a empezar: los neumáticos quemados, los chirridos, el trayecto hasta la rotonda... De ellos se apeaban tipos flacos con la cabeza rapada y las orejas de soplillo, daban un portazo y, con paso palmípedo y chancleteante, iban hasta la tienda de la gasolinera a comprar cerveza. Al lado de las cabinas telefónicas había tías mascando chicle. Llevaban el pelo teñido y básicamente no se diferenciaban en nada unas de otras salvo por la estatura. Mascaban mirando al infinito y a veces les entraba la risa floja y se doblaban por la cintura. Fingían no observar a los rapados que iban a por birra. Cuando se apagaban las luces de la feria, aquel era el lugar más luminoso de la ciudad. Y ellos eran como mariposas nocturnas. No les quedaba otra cosa. No se les ocurría nada más. Debían de haberlo visto en algún sitio, en alguna película, porque no hacían nada que no se les hubiera enseñado antes. A veces veía a las parejas abandonar la luminosa explanada de hormigón e intentar ocultarse en las tinieblas de la orilla del río. El agua negra reflejaba las luces y la oscuridad no era total. Realizaban movimientos rápidos y nerviosos. Parecía un forcejeo. Luego volvían por separado a la plaza y se reunían con los suyos. Eran como emigrantes o refugiados.

Al sentir que el rocío humedecía los cigarrillos me metía en casa. No encendía la luz. Tiraba la ropa en cualquier sitio y me acostaba. Antes de dormir abría la ventana para oír el monótono murmullo de la ciudad. Dejaba lo de lavarme para la mañana siguiente. Los días eran largos y ociosos y tenía que llenarlos con algo. Para dormirme más rápido, memoraba mi propia vida.

Apareció una madrugada, cuando yo aún dormía. Sentí una ráfaga de aire y me arrebujé aún más en el edredón. Pero, junto con el frío, en el aire flotaba un olor a tabaco. Me volví sobre el costado. Estaba sentado en una silla, con el codo derecho apoyado en la mesa, fumando y esperando a que me despertara.



A eso del mediodía me puse a adecentar la furgoneta. Metí en sacos los trapos viejos. Nadie habría comprado aquello. Ni los gitanos. Los ratones se habían construido nidos de lana y poliéster. Apestaba. Estaba todo tan arrugado que no se habría dejado planchar por nada del mundo. Fui metiéndolo en sacos que luego colocaba contra la pared. Poco a poco el patio se iba transformando en un basurero. Me temía que cualquier día la dueña me echara una bronca y me mandara hacer algo con aquello, llevármelo, tirarlo, lo que fuera. Pero ella aparecía con su sonrisa benévola, me preguntaba si me encontraba a gusto allí y se esfumaba. A veces me daba la sensación de que no era de allí, de que venía de lejos, de otra época: tan distinta era de esta ciudad. Llevaba una chaqueta gris oscura, una blusa color crema y unos botines de piel con cordones. Las prendas no eran mucho más jóvenes que ella, pero conservaban su antigua elegancia casi sin menoscabo.

Pensaba en mi casera y limpiaba la furgoneta. Restregué el interior de la parte trasera con estropajo y lavavajillas y lo enjuagué. Fregué las cajas de plástico, fregué incluso las tablas con las que montábamos el mostrador. Lavé la Ducato por fuera, limpié la cabina, quité el polvo y la suciedad, sacudí las alfombrillas, vacié los ceniceros y dejé las puertas abiertas para que se ventilara y se secara. Levanté el capó. El motor estaba cubierto por una capa de aceite y polvo. Saqué la varilla y comprobé el nivel. La viscosa sustancia negra apenas alcanzaba la marca del mínimo. Encontré en el garaje una lata de aceite que les había comprado hacía tiempo a los rusos del mercado. Cuatro litros costaban lo que uno. No me había atrevido a usarlo hasta entonces, pero el momento parecía haber llegado. En la pringosa etiqueta estaba pintado un cohete rojo, y un rótulo en cirílico decía «kosmos-diésel» y algo más. Eché un litro y guardé el recipiente detrás del asiento. Llené el depósito del limpiapara-brisas con lavavajillas diluido en agua. Me subí, giré la llave, esperé a que se apagara el testigo de las bujías y accioné el arranque. Giró una vez, otra, otra más, cada vez más despacio y, cuando ya estaba a punto de pararse, se encendió.

Me costó reconocerlo. De hecho ni lo vi. Hasta que se movió no me di cuenta de que había alguien en aquella nave baja y alargada. Las ventanas eran demasiado pequeñas, pero aún era temprano para encender las luces. Estaba sentado tras un escritorio en el rincón más oscuro. A sus espaldas tenía un portón metálico gris. Se movió y sentí cómo, junto con él, se movía el aire en toda la nave. O quizá tan solo respiró más hondo y eso bastó. Había encanecido totalmente. El pelo blanqueaba en la penumbra. Me pareció más grande, más pesado que la última vez que lo vi.

—No enciendo si no es necesario—dijo.

Movió la mano bajo el tablero del escritorio. Se hizo la luz por un instante y enseguida se apagó.

—A veces me quedo hasta tarde. No puedo dormir.

—¿Y viene alguien?—pregunté.

—A charlar un rato. Algún que otro colega.

Me acerqué. Sobre el escritorio había un flexo, un pequeño televisor, un cenicero limpio, papeles y una montaña de periódicos. Ahora vi que había engordado de veras.

—No sabía que eras tú—dije.

—¿Cómo lo ibas a saber?

—Me dijo que viniera aquí a seleccionar y cargar, y que todo estaba ya apalabrado.

—Sí. Por dos mil euros. A pagar en dos meses.

—Dijo que en tres.

—Se equivocaría. En cualquier caso yo preferiría que fueran dos. Bueno, o dos y medio.

—Igual me equivoqué yo. Debería apuntarlo todo.

Señaló con la cabeza una silla de plástico y me senté. En la penumbra, cada vez más densa, distinguí hileras de colgadores metálicos. Se extendían hasta el infinito. Colgaban de ellos millares de prendas. La nave era grande como un campo de fútbol. El techo descansaba sobre unos cuantos pilares de hormigón. Apestaba a detergente barato y muros viejos.

—¿Qué había antes aquí?—pregunté.

—Un matadero—contestó—. Pero hace mucho, y el olor ya se ha ido. Estuvo un montón de tiempo vacío.

—¿Hace mucho que lo tienes?

—No. Un mes, puede que algo más.

—Te vas a cargar a la competencia.

—Bueno, en vez de ir a los putos vagones, podrán comprar aquí.

—Qué exquisitez—dije.

—Eeeso. Sin prisa, todo ya cribado y clasificado.

—¿Y compran?

—De momento piensan que las cosas aún pueden cambiar y volver a ser como antes. Pero yo he hecho un pacto de exclusividad con los de los vagones. No le venderán nada a nadie más en la ciudad.

Hablaba despacio, con indiferencia. Levantó un momento la mano, pero enseguida la dejó caer sobre el escritorio, como constatando lo inútil de malgastar fuerzas en hacer un gesto para algo tan evidente. La oscuridad se hizo casi total. Se enderezó en la silla, no sin dificultad.

—¿Sigues teniendo aquel abrigo?

Le contesté que sí. Que aunque estaba hecho polvo no lo había tirado. Y luego añadí que más valdría ponerse manos a la obra. Se movió tras el escritorio y bajo el techo de la nave empezaron a titilar los fluorescentes. Una luz gris llenó el almacén. Lo vi alargar la mano hacia atrás y sacar un par de muletas con las que se ayudó para levantarse. Cuando, cojeando, hubo salido de detrás del escritorio, me miró a la cara y dijo:

—La derecha, hasta la rodilla. La enfermedad de Buer-ger. Detesto estar metido entre cuatro paredes, pero ya ves. Ven que te enseñe dónde está cada cosa.

Elegí solo cosas de piel. Chaquetas, cazadoras, chalecos, unos cuantos abrigos e incluso varios pantalones. Añadí algunos vaqueros y cuatro trajes casi nuevos. Se lo llevé todo al escritorio. Fue mirando y apuntando los precios y tirando las prendas sobre un plástico extendido en el suelo. No cogí nada de mujer. Se formó un buen montón.

—Todavía quedan veinte euros—dijo—. Si dejas que te dé un consejo, llévate camisas negras de hombre. Quince—y señaló un perchero al fondo de la nave.

Fui hasta allí y arramblé con brazadas enteras. Allí quedaba todavía el quintuple, y a continuación empezaban las de color azul marino. Luego abrí el portón de acero y, con cuidado, metí la furgó marcha atrás. Me estuvo observando sin decir palabra mientras yo lanzaba a la parte trasera la

mercancía pesada e inerte, que al caer producía chasquidos viscosos y despedía destellos metálicos. Encima de todo eché los trapos. Cerré la puerta de la furgoneta.

—Suerte—dijo.

—Gracias—. Le di la mano. Sentí su piel dura y seca—. ¿Te acuerdas de aquel tío con el que estuvimos bebiendo en su casa?—pregunté.

—Sí, claro—contestó alzando las cejas.

—¿Cómo se llamaba? No consigo acordarme.

—Zalatywój. Jan Zalatywój.<sup>8</sup>

Saqué la furgoneta y bajé a cerrar el portón metálico. Lo vi de lejos, sentado, inmóvil bajo una luz gris y mortecina que enseguida se apagó, y sólo quedó encendido el flexo del escritorio, mientras que a él lo ocultó la oscuridad.

Dos días más tarde la feria se fue. Quedó un círculo gris de tierra pisoteada. Se pusieron en marcha antes del amanecer. Entre sueños me pareció oír el retumbar de los tractores, remolques y caravanas atravesando el puente. A las pocas horas yo también estaba listo. Desconecté los fusibles, cerré la bombona de gas, corrí las cortinas, eché la llave y la escondí bajo un alféizar de chapa medio suelto.

Pasé a recogerlo. Esperaba ante su portal. Llevaba al hombro un bolsón de viaje de lona azul marino, y a los pies tenía una venerable maleta de escay de un color que pretendía pasar por piel. Vestía un traje marrón grisáceo de hacía diez años con una quemadura de cigarrillo en la solapa. Y un polo de franjas horizontales blancas y azules. Paré la furgoneta y él sonrió como si fuera el día más feliz de su vida.

—Se fueron a las cuatro—dijo.

—¿Cómo lo sabes?—pregunté.

—Fui a despedirlos—respondió mientras se apoltronaba en el asiento. Tenía los ojos enrojecidos y el aliento le olía a alcohol.

Pusimos rumbo al sur. Dejamos atrás la ciudad. En los jardines florecían las primeras flores otoñales. Hacía sol. En Monastyrzyska la carretera empezaba el ascenso sinuoso hacia el puerto de montaña. En una explanada arcillosa se alzaba una vieja cabaña de madera en la que había una tasca. Quien se dirigiera a la otra cara de la sierra podía pararse allí a beber para el camino. Así debía de ser antiguamente, cuando por allí pasaban únicamente carros tirados por caballos. Ahora sólo bebían los lugareños. En una tabla

suspendida sobre la entrada habían escrito con pintura verde: CASA BASIA. Me mandó parar en la explanada y se bajó. La tasca tenía un porche, y en él una mesa para beber cuando hacía calor. Aún era temprano y a la mesa sólo estaban sentados dos hombres tomándose su cerveza matutina y mirando la carretera. A uno de los postes que sostenían el porche estaba atada una vaca, esperando a que su dueño saciara la sed antes de seguir adelante. Wladek saludó a los dos hombres y entró. Al cabo de un rato salió con un bulto alargado envuelto en un saco de yute.

Mientras se sentaba y echaba mano a la guantera, le pregunté qué era aquello.

—Cuernas, tío. Una hermosa cornamenta de desmogue.

Y hermosa puede ser la ganancia si encontramos comprador.

—¿Y de dónde la has sacado?

—Me la ha dado Mietek. Mietek, alias el Tejón.

Volví a la carretera. Ahora venía una recta larga y tan empinada que a duras penas bastaba con la tercera marcha. Se acabó el pueblo y empezó el bosque. Cada vez que pasaba por allí tenía la misma sensación de haber estado mucho tiempo atrás, de visita por aquellos pagos. Surgía una escena invernal: una ventisca nocturna y un autobús que intenta encaramarse a la cumbre, pero las ruedas patinan, trituran impotentes la nieve y al final la gente se baja a empujar y poco a poco el vehículo empieza a subir por sus propias fuerzas. Pero nunca había estado antes allí. Ni como adulto, ni de vacaciones cuando era pequeño. Y, sin embargo, la imagen era nítida como un sueño que se hubiera repetido varias veces.

—Un hombre del bosque, podría decirse. Sale al amanecer, vuelve al anochecer y lo sabe todo. Dicen que lleva la cuenta de cada ciervo y cada lobo, del primero al último. Sabe en qué hueco habita la trucha más hermosa y dónde brotarán los boletus más grandes este año. Lo sabe, sin más. En la época de la berrea, localiza a los ciervos machos por el olor. Sin más. Antes hacía de guía para cazadores italianos.

Llegamos a la primera serie de curvas, en un recodo el bosque se abrió en dos por un momento y al fondo, a lo lejos, se divisó la cúpula blanca de una iglesia ortodoxa y, tras ella, las construcciones de un pueblo, diseminadas y cada vez más dispersas. Se perdían entre la vegetación macilenta.

—Ahí vive—continuó la historia—. A dos o tres kilómetros del pueblo. Pero ha vendido la casa.

—Entonces ¿dónde vive?—pregunté al tiempo que daba una vuelta casi entera al volante.

—Ahí, en esa casa. La ha vendido con él dentro. El trato es que vivirá ahí hasta que muera.

—¿Y quién la ha comprado?

—Unos raros. De la ciudad. Le obligan a lavarse y le prohíben decir palabrotas. Eso me contó.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y pico.

—Pues debería mandarlos al carajo.

—Eso mismo le dije yo. Pero es manso como un niño.

—Pero debería.

Llegamos por fin al puerto. El indicador de temperatura se acercaba ya al máximo. Menos mal que no llevábamos más que trapos. Menos mal que no éramos chatarreros. A mano izquierda, entre los árboles, en lo más alto del puerto, había un cementerio austríaco de tiempos de la Primera Guerra Mundial. Entre decenas de cruces se erguía una *matzevá*, una lápida judía. Bajo ella yacía Mendel Brod, del Cuarto Batallón de Cazadores. Empezamos el descenso hacia la cara sur. Después de tres meandros la carretera se enderezaba y así eran los últimos quince kilómetros hasta la frontera: una cinta gris de asfalto, recta como un tiro, subía a una serie de lomas transversales no muy altas. Por momentos la Ducato alcanzaba los cien por hora.

Como de costumbre, paramos en el paso fronterizo. Junto al edificio principal ardían varias hogueras. Sobre pilas de ladrillos borbotaban ollas y teteras. La chiquillería rodeó la furgoneta. Wladek bajó a saludar a los mandama-ses, que estaban sentados en las escaleras del antiguo puesto de aduanas. Se pusieron a conversar, a reír, a darse palmadas en la espalda. Ellos llevaban el torso desnudo y fumaban. Hablaban al aspirar el humo y hablaban al expulsarlo. Nosotros no sabíamos hacer eso. Cuando estaban callados, daban caladas aún más profundas. Fumaban con tanta fruición que, hipnotizado, saqué un cigarrillo del paquete, aunque acababa de tirar una colilla no hacía dos minutos. Fumaban tan ávidamente que deberían actuar en todos esos anuncios ilegales que salen en Internet. Me llamó, así que bajé y me acerqué. Olían al humo de las hogueras, a tabaco, a piel caliente y a alcohol.

—Podemos comprar gasofa a mitad de precio—me dijo.

—A saber de qué tipo—respondí.

—De qué tipo, de qué tipo... Barata, tío. ¿No te basta?

—¿Tú has tenido coche alguna vez?

—¿Y eso qué tiene que ver? ¡Hay que demostrárselo, porque al parecer estamos tratando con el incrédulo Tomás de la automoción! A ver, hermanos, ¿dónde la tenéis?

Los hermanos señalaron el interior de la aduana y entramos.

Tenían de todo: placas de matrícula de toda Europa, de América (California y Québec), y de no sé qué Arabia amarilla llena de jeroglíficos serpenteantes. Sabe Dios quién habría pasado por allí, pues dudo que fueran importadas. Y, además, tapacubos con el símbolo de Mercedes, Volvo, Toyota, Ford, Fiat y el resto de las marcas internacionales, seguramente de todos los tamaños. Un poco usados, resquebrajados, manchados, pero estaban colgados de las paredes y podía uno elegir. Lo mismo con los emblemas de la carrocería, al gusto de cada cual, desde estrellas de Mercedes hasta símbolos de Suzuki y Seat. No había más que sacarlos de la caja y pegarlos donde te diera la gana con pegamento universal. Por no hablar de todo lo demás. Tulipas de faros traseros, espejos, manillas, parachoques, alerones, alfombrillas de goma (obligatoriamente con su marca correspondiente), manojos enteros de vírgenes para colgar de los retrovisores, garrafas de plástico sin etiqueta (a primera vista, aceite), líquido para limpiaparabrisas y para radiadores, fundas para asientos de auténtica imitación de tigre y de cebra, pomos para la palanca de cambio con cisnes y copos de nieve, tenían incluso un pirulo de policía; y aparte, por supuesto, radios y equipos de música que parecían naves espaciales, altavoces del tamaño de cubos de fregona y embellecedores dorados para tubos de escape. Eso fue lo que me dio tiempo a ver, pues enseguida se abalanzó sobre mí.

—¡Venga, nos la llevamos!

—¿Quieres comprar gasolina aquí?

—¿Qué te pasa, tío? Te la cobran a mitad de precio, y yo aún voy a negociar para pagarles una parte en trapos.

—Que nos la enseñen—acepté resignado. Con su entusiasmo no se podía hacer otra cosa que esperar a que se le pasara.

Contra la pared, en un rincón, ocultos por asientos de coches deportivos, había contenedores de plástico grueso con capacidad para cuarenta litros. Como los que generalmente se usaban para transportar productos químicos,

venenos, guarrerías líquidas y tal. Desenrosqué el tapón de uno y lo olisqueé. Era gasóleo y a la vez no lo era. Tenía algo en común con el petróleo, con la petroquímica, pero al mismo tiempo se le notaba algo diferente, cierto dulzor. Un aceite bronceador que apestara a tractor viejo, o al revés. El color también era raro. Un poco demasiado oscuro. Moje los dedos y los friccioné. Era oleaginoso. Al tacto se parecía a lo que sale de los surtidores.

—¿De dónde lo han sacado?

Se rascó la cabeza, miró al techo, representó toda la pantomima titulada «tú lo has querido» y dijo:

—De transformadores.

Los tres que habían entrado con nosotros se animaron al oír la palabra «transformador». Empezaron a reírse y a asentir con la cabeza. «*Ano, ano, transformator, transformator, da, da...!*»<sup>9</sup>

—¿De qué transformadores?

—Normales, tío. De media y de alta tensión.

En Zborov doblamos a la izquierda, hacia el sureste. A derecha e izquierda se extendían sembrados. El monocultivo eslovaco hasta el horizonte. Ningún lindero, ninguna señal de propiedad, ninguna zanja divisoria con sauces. Ciento ochenta hectáreas de colza, ciento cuarenta hectáreas de centeno. Cada vez que entrábamos en aquella zona me daba un bajón. Ahora todo estaba segado, cosechado y muerto. Vivían en sus pueblos semejantes a ciudades en miniatura: de ladrillo, apiñados, pared con pared. Smilno, Jedlinka, Hutka. Escuchábamos los gorgoteos tras la fina pared de la cabina. Habíamos comprado ochenta litros en dos garrafones de plástico. Los hermanos negros nos habían dado unas cuerdas con las que atamos la mercancía para que no diera bandazos. Traían aquello de las minas y plantas siderúrgicas muertas de los Montes Metalíferos. Primero extraían los restos de carbón de los escoriales; luego, el acero de toda la maquinaria inerte que nunca más cobraría vida. La policía les disparaba, pero solían trabajar por la noche, invisibles en la oscuridad y habilidosos. Sólo cogían lo que estaba abandonado. Vaciaban el aceite de los transformadores y luego los derribaban para destripar sus entrañas de cobre. Aquello no se diferenciaba en nada de coger setas en el bosque, colocar cepos o atrapar peces con las manos desnudas. Llevaban siglos haciendo lo mismo.



Smilno, Jedlinka y Hutka. Después venía Svidník. A la izquierda, hundidos en la vegetación, había lanzacohetes, cañones y tanques soviéticos, como si la guerra hubiera acabado ayer. La gente caminaba entre aquella chatarra, los niños se encaramaban a los blindados. La simbiosis perfecta del paseo y el triunfo militar checoslovaco. Aquí se acordaban con nostalgia de los rusos. Hasta el supermercado de la cadena austríaca Billa se encontraba en la calle de los Héroes Soviéticos. El viento del desfiladero levantaba polvo en la rotonda. Allí, al norte, entre campos infinitos, en el vacío de los monocultivos segados y cosechados, había tanques rusos de la Segunda Guerra Mundial. A razón de dos o tres en cada colina, agazapados, emboscados, esperaban a los Tigers y Panthers alemanes, esperaban desde hacía sesenta años a los espíritus de los ejércitos acorazados. Ellos mismos los habían aniquilado y ahora se morían de aburrimiento y herrumbre. Tal era la apariencia de aquello: la de una paranoia. Tanques y cañones diseminados por cientos de hectáreas. Y, además, aviones sobre pedestales de cemento, Yakovlev o Lávochkin. De vez en cuando alguien los pintaba de verde y velaba porque los hermanos negros no aprovecharan para intercambiarlos por alcohol, adornos para sus mujeres y golosinas para sus hijos. Bien puede ser que lo intentaran tras el ocaso y, más silenciosos que el viento y más oscuros que la noche, la emprendieran con aquellas bestias de hierro. Un T-34 pesa alrededor de veintiséis toneladas, de modo que podría dar de comer a una familia mediana durante un año por lo menos. Se lo dije a Wladek. Dejamos atrás la rotonda y tiramos hacia el sureste.

—Los vigilan—dijo—. No siempre, pero los vigilan. Por las noches mandan patrullas y los vigilan. Como los patatales en otoño.

—¿Policía de los patatales?—pregunté.

—No es policía. Las sociedades rurales se organizan. Salen a patrullar con linternas y palos, porque es verdad que estos a veces cavan las patatas ajenas antes de tiempo. Los gitanos son un pueblo sin tierra, tío.

—¿Y los tanques?

—De los tanques sí se encarga la poli, que al fin y al cabo son propiedad del Estado. Una vez un tipo que conocí, un tal Potok, estaba bebiendo con sus colegas, Bocian y Jirka Zyndram, allá por Kapisová o Kruzlová, llevaban la noche entera privando en una cabaña de contrabandistas, y de madrugada Potok tuvo una visión: a través del Valle de la Muerte, que en eslovaco se llama Udolie Smrti, cruzarían hasta Polonia, contemplando por el camino los ejércitos resucitados de los muertos y bendiciéndolos, pues

quizá no se hubieran enterado del advenimiento de la paz pa-neuropeo-bruselense. Y cuando, ya al alba, iban camino de la teórica frontera entre aquellos campos de tanques y cañones, de repente empezaron a volar cohetes, bengalas y todo lo que tenían para iluminar, y a continuación oyeron disparos. Jirka en ese momento estaba sentado en la torreta de un tanque cantando «La Internacional». Pero al oír los disparos se lanzaron instintivamente cuerpo a tierra a la sombra del tanque. Enseguida llegaron corriendo unos cuantos con los fusiles aún humeantes y se extrañaron: «Pero ¿no sois gitanos?». Y Potok: «Muy a nuestro pesar, no. Aunque querríamos serlo». «Entonces ¿qué coño hacéis aquí?», dijeron los otros. «Somos turistas checos», dijo Potok. «No os hagáis los gilipollas, esto es Eslo-vaquia», dijeron los otros. «Os arrepentiréis de esto», les dijo Jirka. Les pidieron los pasaportes, les tomaron los datos y les dieron a elegir: o media vuelta, o paso ilegal de una frontera que en realidad ya no existía. Y después, cuando volvían a pata, en el cruce donde está el monumento del T-34 destrozando un Panther nazi había un coche patrulla, y en la parte trasera, tras el cristal y la malla de acero, como cuatro gitanos. Y al coche iba enganchado un remolque en el que había dos pequeñas bombonas de acero, un soplete, un cañón de 76 milímetros recién cortado, un pedazo de oruga y, además, un par de señales de curva peligrosa con sus respectivos postes.

A menudo me preguntaba cuándo habría visto, memorizado y vivido todo aquello. ¿Cómo demonios fue a toparse con un tal Potok, de Praga, que a punto estuvo de ser acribillado por la guardia fronteriza eslovaca? Se diría que antes de que nos conociéramos ya había vivido una vida entera y ahora se dedicaba a contármela. Como si todo lo que hacíamos juntos no fuera más que un eco remoto de sus recuerdos, como si hubiera ideado el negocio aquel con el único propósito de volver al pasado siquiera por un instante. Y Potok, según me contó más tarde, era un joven picaro praguense que a principios de los años noventa se dedicaba a vender en la capital checa maravillas que allí nadie había visto antes. Traía camionadas de pornografía animal para las sex-shops y aviones enteros de artículos devocionales surcoreanos para las tienditas parroquiales. De Rusia traía uranio y mujeres y ambas cosas las mandaba después a Turquía, a Persia, a Ga-dafi, bueno, Dios sabe adonde. Sin moverse de su cuchitril de Zizkov o de algún otro barrio igual de chungo, esnifando anfetamina para no dormirse, hacía llamadas y enviaba faxes y mails por todo el mundo, recibía

y mandaba cargamentos y dinero. Los colegas de Potok venían con sacos contantes y sonantes, los vaciaban en el suelo, contaban la pasta, volvían a meterla y se iban por el mundo adelante a despachar otro cargamento de tortugas macedonias rumbo a la hambrienta Suecia, o de banderas serbias fabricadas en China rumbo a Belgrado. No sacaba nada de todo ello. Lo justo para pagar el alquiler y el teléfono. Importaba de Polonia anfetamina de la más pura, directamente del productor, y ya. Por su cuarto, por su escritorio pasaban millones de coronas, cientos de miles de dólares, pero él miraba aquel flujo ininterrumpido y lo desviaba a los rincones más extraños del mundo para provocar allí algún movimiento, alguna reacción en forma de cargamento de monos senegaleses con destino a los restaurantes moscovitas, porque los empresarios, industriales e intelectuales rusos de repente habían decidido que la carne de mono era lo más de lo más. Y Potok lo sabía sin moverse de su maloliente cuartucho de Zizkov. Puede que hubiera sido él mismo el que había inventado la moda de la carne de mono en Rusia. A saber. Puesto que apenas dormía y se pasaba el tiempo pensando, telefoneando, escribiendo mails y mandando dinero, ¿qué le habría costado convencer a los rusos de que comer mono molaba? Nada. Igual hasta montó a tal efecto un canal de televisión en Moscú o fundó una revista fardona en papel cuché. En cualquier caso, les vendió a los rusos quinientas toneladas de monos vivos o congelados.

—Estaremos a unos treinta, como mucho—farfulló mientras echaba mano a la guantera. A continuación encendió un cigarrillo, aspiró hondo, soltó el humo y dijo—: Fue por esta zona donde me lo encontré. Veníamos de la feria de Ubl'a, en la frontera ucraniana, pero del lado eslovaco, junto al paso. Habíamos ido a enterarnos de cómo estaba allí el percal, qué hacía falta llevar y tal. Pero ya nada nos compensaba. Nada. Ucranianos, rusos, rumanos y vietnamitas lo tenían todo más barato. Les decíamos que podíamos traer esto y esto, ellos nos preguntaban por cuánto, y cuando les decíamos las tarifas más bajas se echaban a reír. Allí no había nada para nosotros y nosotros tampoco teníamos nada que ofrecerles. Y mira que era una feria del copón, con tenderetes, carpas procedentes de excedentes militares, autobuses viejos... No la desmontaban nunca y allí vivían, entre montañas de basura, sobre la arcilla apisonada, sobre la tierra, sobre plásticos... Volvíamos de allí cuando, de un salto, salió del bosque y se nos plantó delante, haciendo aspavientos, gritando, con su pinta de loco que no se hubiera lavado en un mes ni se hubiera cortado el pelo en un año. En el

Polonez íbamos tres. Le mandé al que conducía que parara. Fue un reflejo. Los colegas me empezaron a gritar que el tío era un colgado y que me dejara de gilipolleces. Pero yo le mandé parar. Era yo quien pagaba la gasolina y al conductor. Y el otro cogió y se subió atrás y, en su idioma, que «vamos, vamos». Olía que daba asco. A roña, a peste, a vodka. Tuvimos que abrir las ventanas. Barbotaba no sé qué, pero cuando alguien barbota en checo, como si lo hiciera en suizo, ni papa. Pero estaba claro que era una huida, su última tabla de salvación, y que el tío estaba muerto de miedo. Luego se calmó un poco. A los cincuenta kilómetros se relajó. Sin dejar de mirar atrás, preguntó si de verdad íbamos a Polonia. «Sí, tío, a Polonia. Polonia es un país precioso», le consolé, y entonces sacó de debajo de la cazadora un pasaporte checo y una pistola rusa. Quitó el cargador y nos enseñó que sólo llevaba una bala. «Era para mí», dijo, y me echó en el regazo aquella mierda metálica, íbamos atravesando un bosque, así que la cogí y la lancé a la espesura. Y después, cuando le prometimos llevarlo a Polonia, pues por qué no, si tenía ganas y un pasaporte en vigor, nos contó que su último negocio había sido el tráfico de personas. El trato consistía en transportar en camiones frigoríficos, entre la carne congelada, chinos, vietnamitas, kazajos, turkmenos y todo el que quisiera, de acuerdo con la vigente tendencia universal a trasladarse en dirección *Ost-West*. Y en una de estas se le congelaron dieciséis amarillos. Así tal cual. Debieron de estar demasiado tiempo parados en algún sitio, o no irían suficientemente abrigados, o el termostato estaría mal regulado. Los dieciséis llegaron a la ciudad de Dresde tiesos por los siglos de los siglos, pero los contratantes habían pactado una remesa de vivos, así que se armó la gorda, porque entre los frioleros había algún pez gordo, alguien de la familia del capo chino que cortaba el bacalao entre todos los amarillos chanchu-lleantes en el terreno de la antigua RDA. Cuando abrieron el camión y vieron lo que había pasado, al conductor lo degollaron en el acto. Y luego dio comienzo la caza y captura de Potok por toda Praga y no había tutía, no querían el reintegro de los costes incurridos, no querían compensaciones económicas, sino la cabeza de Potok o la resurrección de los hibernautas...

En Stropkov pusimos rumbo al noreste. Nos adentrábamos en las montañas. En los pueblos se veían iglesias ortodoxas. Todo estaba vacío y pulcro, con un aire de antigüedad. Como si se hubieran ido todos pero de vez en cuando viniera alguien a limpiar, pintar, barrer y dejarlo todo bonito. Hasta las ruinas de establos y cabañas esparcidas aquí y allá parecían un

decorado, un museo, un *skansen*. Y no pasaba ni un vehículo. La carretera era lisa y estaba vacía. Alcanzamos la cima de una loma. El indicador de la temperatura, como de costumbre, se acercaba a la marca roja. A ambos lados se veían cumbres redondeadas cubiertas de árboles. La zona parecía deshabitada, pero en el fondo de los boscosos valles estaban agazapadas las soñolientas aldeas fronterizas.

—Y ya te imaginas, le entró el miedo en el cuerpo y por todas partes veía amarillos. Ya ni salía de casa, no contestaba al teléfono, no abría la puerta, y una noche simplemente desapareció, se escabulló, se subió al tren o al autobús y huyó de sus demonios amarillos rumbo al este. Al más remoto confín de un estado checoslovaco en plena liquidación. Más allá no había nada: los osos ucranianos, Siberia y Chukotka. Y cuando casi lo atropellamos, ya apenas si estaba vivo, de puro borracho, asustado y hecho polvo. Así que lo recogimos y estuvo una temporada currando para Heniek. Pasando cosas de un lado al otro de la frontera, creo. Se dejó la barba y parecía un leñador. Le debió de gustar, porque después de irse siguió volviendo de vez en cuando, como en aquella ocasión con Jirka y Bocian...

¿O a lo mejor es que atraía personas y acontecimientos del mismo modo que el imán atrae las limaduras? ¿Que su vida era una remolino que absorbía otras vidas? Eso me parecía a veces. Pero en el fondo se trataba de un tío de lo más normal que no tenía inconveniente en conocer a alguien, en que la vida del otro se solapara un poco con la suya. No sé si yo hubiera metido en mi coche a un checo enloquecido en medio del bosque junto a la frontera ucraniana. No lo sé. Pero él había tenido el reflejo de parar igual que otro habría tenido el de acelerar. Él era así y punto. No negaba nada al mundo ni a la gente porque carecía de suspicacia. Por eso estaba sentado a mi lado en una furgoneta de doce años y tenía una quemadura de cigarrillo en su traje de diez años. Que yo no fuera más que un advenedizo de la gran ciudad no le importaba.